JOSÉ-JUAN

DRAMA EN DOS ACTOS

POR EL

DR. D. BLAS HERNÁNDEZ MORALES

DEÁN DE SIGÜENZA

(CON LA APROBACIÓN ECLESIÁSTICA)

MADRID
IMP. DE G. LÓPEZ DEL HORNO, S. BERNARDO, 92
Teléfono 1922
1914

JOSÉ-JUAN

JOSÉ-JUAN

POR EL

DR. D. BLAS HERNÁNDEZ MORALES

DEÁN DE SIGÜENZA

(CON LA APROBACIÓN ECLESIÁSTICA)

MADRID

130 - IMP. DE G. LÓPEZ DEL HORNO, S. BERNARDO, 92

Teléfono 1922

1914

ES PROPIEDAD,
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

Á MIS LECTORES

L emprender este modesto trabajo literario y otros análogos, próximos a publicarse, no he sentido el más leve impulso de mortificar, en lo más mínimo, la renombrada fama de ningún escritor dramático que haya podido escribir en sentido contrario; si bien admirando sus obras, y enamorado de su forma, no he podido menos de apartarme del fondo de algunas, como me apartaría del fondo de un abismo.

No me he propuesto otro fin que el de ilustrar amenamente al pueblo, sobre todo a la clase obrera, haciéndole entender que el Sacerdote ha sido, es y será siempre su mejor amigo; para ello he prescindido de las exigencias rigurosas de la preceptiva literaria en esta clase de asuntos; escribo más para los ojos que para los oídos; más para el corazón que para la inteligencia; poniendo mi pensamiento mejor en el papel, que cruza mi pluma, que en los *papeles* del escenario, cuyos efectismos son pasajeros; por lo mismo, sin desairar el escalpelo del juicio crítico, me amparo, solícito, bajo la benevolencia de los sentimientos de mis lectores; aunque, gracias al Cielo, ni me irritaría el ánimo la causticidad de aquél, ni me engreirían tampoco las lisonjas de éstos, que harto conozco lo que son los hombres y merecen sus obras; después de todo, las luces son de Dios, nuestras las sombras.

El Autor.

PERSONAJES

José Juan.	*Obrero.*
Soledad..	*Señorita huérfana.*
Capellán de la cárcel..	
Salomón	*Anciano.*
Casimiro	*Cacique.*
Cura párroco	
Un niño.....	*Sobrino del anterior.*
Cándido.....	*Obrero.*
Pepe.....	*Idem.*
Juan.....	*Idem.*
Pedro.....	*Idem.*
El alcaide de la cárcel..	
Un celador.	
El médico del hospital.	
Sor Rosa.....	*Hermana de la Caridad.*
Pepa.....	*Alcahueta.*
Criada de Soledad.	
El Tabernero.	
Un muchacho.....	*Repartidor de periódicos.*

LUGAR DE LA ACCIÓN, SEVILLA

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

TABERNA.—*(Tres sentados tomando unas copas; a un lado el tabernero, soñoliento.)*

Pedro *(albañil).*—Siéntate, Juanico; tú de huelga como yo. Dios los cría y ellos se juntan; y van siete días, y me parece que vamos a ser de la cofradía de San Nicomedes *(dirigiéndose al tabernero).* Oye, tú, despierta, que al mal tiempo buena cara; trae pa cá una botella del peleón.

Tabernero *(desperezándose).*—Allá voy. *(La trae y se retira, poniéndose a pasear.)*

Pedro *(vaciando la botella y llenando la copa).*—Pues, señor; y aluego dicen que si los hombres jacen disparates. ¡No clama a Dios el tener más fuerzas que Sansón, y buena salú, y mejor voluntá para querer trabajá, y pasarse los días con su mujer y sus chiquillos, por falta de trabajo, con la barriga vacía, y el corazón lleno de veneno y la cabeza llena de disparates!... ¡Vamos, hombre! *(Bebe.)*

Juan.—Mas tú, en mi comparación, eres un príncipe.

Pedro.—Efectivamente; como que tengo mi trono en los tejaos, y viviendo en alta posición. ¡No hay más que ver que soy vecino de las estrellas!

Juan.—Quiero decir, hombre, que tu situación es mejor que la mía; tú tienes mujer joven y sirviendo de cocinera en casa de don Ignacio, que dicen es el Superior, o lo que sea, de las Conferencias de San Vicente; tus hijos, que te pueden ayudá algu-

na cosa, aunque poco sea y... claro es que el agua no os llega al cuello, ni os veis en grande apuro.

Pedro *(interrumpiendo).*—Apuro... apuro... Vamos a apurar otro par de copas, y que sea el vino el que llegue al cuello. *(Bebe.)*

Juan *(continuando).*—Pero yo, Pedro, con mi abuela en cama, mi padre, como sabes, aún toavía con el percance de la ciega, con la herida abierta...

Pedro *(interrumpiéndole y bebiendo).*—Que la empape en vino; pues maldita la llaga que el vino no sana.

Juan.—Como te iba diciendo, porque los males siempre vienen en procesión, mi Juan tendrá que tomar el chopo pa servir al rey.

Pedro.—¡Pa servir al rey dijiste! Hombre, no seas tan atrasao... que le sirvan sus criaos, si les paga bien. (*Se oyen pasos, y se aproxima el cacique Casimiro.*) Ahí viene el señor Casimiro, que ayer nos habló en el Círculo con verdades como puños, y con una saliva que sabía a miel y canela; pero en lo que me fijo es que este hombre no le cuela a Salomón.

Juan.—Pues cuando se le atraganta... mosca tendría la copa.

Pedro (*mirando la suya y llenándola*).—Esta no tiene ninguna, y si la tuviera, se convertiría en moscatel. (*Entra Casimiro.*)

ESCENA II

CASIMIRO, PEDRO y JUAN

Casimiro.—¿Qué hay, caballeros?

Juan.—Hay... que no hay: miserias y desdichas.

Casimiro.—Conozco vuestra situación; la verdad que este edificio social, que ya se cuartea, es menester que se derrumbe; sé que tu padre, segando en el cortijo del Marqués, se hirió en una pierna, que está aún manando sangre; tu abuelo, cargado de años y achaques, en cama; tu hijo Juan, soldado de esta quinta; en fin, que estáis hechos, y más con esta huelga forzada, un mar de lágrimas... Esto es intolerable; el trabajador del campo, resistiendo de día el fuego del sol, con mala cama de

noche y alimentándose con un poco de tocino y gazpachos de vinagre, y ese pobre hombre ara los campos después de roturarlos; arroja con su callosa mano la semilla sobre los surcos *(el tabernero se acerca, y con las manos hacia atrás, escucha con atención bobalicona)*; él la escarda, la siega, la trilla, la atroja, y después, si cae enfermo, efecto de tan fatigoso trabajo, los propietarios le vuelven la espalda, dejándole sin pan que comer, y tú, Pedro, que amasas el yeso, colocas los cantos, encalas las paredes y formas las techumbres, sin casa o albergue en que vivir...

Juan.—Eso es más verdad que me llamo Juan.

Pedro.—Y tan cierto como es; habla usted como el mismo Evangelio. *(Entra un muchacho y entrega al tabernero un periódico, que lo examina con fruición.)*

Juan *(a Pedro).*—Oye, ¿no quedó en venir Salomón?

Casimiro.—Hombre, ¿quién es ese Salomón?

Pedro.—Es un hombre que tiene ese apodo, porque dice más sentencias que palabras. Pero, dispense usted, que entodavía no le hemos brindado una copa.

Casimiro.—Gracias, yo no bebo vino; si acaso tomaría una copa de cognac.

Juan *(al tabernero).*—Echasela *(el tabernero la sirve receloso). (Llega Salomón.)*

ESCENA III

Los mismos y SALOMÓN

Salomón.—Dios guarde a ustedes.

Juan.—Venga usted con El, amigo *(toma el periodico, mientras el tabernero da la copa a Casimiro). (Este la bebe y, dirigiéndose a Juan, le dice):*

Casimiro.—¿Qué lees?

Juan.—Estoy comenzando... «El clericalismo es la barbarie...»

Casimiro *(interrumpiendo).*—Exacto; es la nube que empaña los

horizontes del progreso; es el fantasma salido de los claustros de la Edad Media, que quiere amedrentarnos con inquisiciones e infiernos que ya pasaron. Es el clericalismo la rémora que impide el paso al gigante de la civilización moderna.

Pedro.—¡Bravo! *(Al tabernero):* Tráenos otra copa, y a este señó de lo suyo.

El tabernero *(sirviendo).*—Esto es por mi cuenta.

Pedro.—¡Olé, viva el rumbo!

Tabernero.—¡Y la elocuencia! *(Mirando sonriente a Casimiro.)*

Casimiro *(muy ufano).*—Sí, señores, gracias; hay que quitar de en medio el estorbo del clericalismo; ahora, por medio de la prensa y de la palabra, y más tarde por medio de la pólvora y el puñal, y, en caso necesario, usando de la dinamita.

Salomón.—*(No bebe y taciturno oye, y de soslayo mira a Casimiro.)*

Juan y **Pedro.**—¡Bravo! ¡Viva la anarquía!

Casimiro.—Allá iremos; pero la sociedad, como la Naturaleza, no da saltos, recorre para su perfeccionamiento sucesivas etapas; el progreso derrumbó, con su fuerza irresistible, el poder teocrático; después venció a la nobleza; hoy ataca a la burguesía y ya asoma pujante y emprendedor el socialismo, que tendrá por religión la conciencia libre del hombre; por templo, las grandes fábricas, y por sacerdocio, a la clase obrera, redentora de la sociedad que hoy gime entre cadenas.

Juan, Pedro y el **tabernero.**—¡Soberbio! ¡Bravo!

Pedro *(dirigiéndose a Salomón).*—¡Beba usted, hombre! ¿Y qué dice a esto?

Salomón (*con pausa*).—Beber poco para vivir mucho (*lo prueba*). Pues... digo... que oigo, pero no escucho.

Casimiro (*a Salomón*).—Usted será obscurantista.

Salomón (*a Casimiro, mirándole con indiferencia*).—Lo que soy más claro que la luz del sol.

Casimiro (*bebe*).—Pues el progreso es luz, y luz que anuncia a la clase trabajadora el hermoso día de la regeneración; sobre las ruinas de todas las aristocracias antiguas y modernas, favorecidas por el absolutismo de los reyes y por la fuerza inqui-

sitorial de los curas, se levanta ya la aristocracia del obrero, basada en el trabajo, el amor libre, la igualdad social...

Juan.—¡Eso, eso, el amor libre!

Casimiro (*dirigiéndose a Salomón*).—Esta trinidad de principios que constituye el ideal de los hombres, que ya vislumbran ese nuevo mundo, ¿no lo ve usted?

Salomón.—Ni veo ese nuevo mundo, ni al Colón que lo descubra... Palabras... palabras, mucha música y poca armonía. (*Aparte*). ¡Cuánto tarda José Juan!

Casimiro.—Me marcho para ver y despachar la correspondencia de mis amigos de la corte y preparar el campo electoral.

Pedro.—Ya sabe usted que conmigo cuenta hasta la pared de enfrente.

Juan.—Pues lo que es yo, no hasta la pared, sino hasta París de Francia.

Casimiro.—Gracias, lo esperaba. (*Los mira con cierta sonrisa.*) Vendrá la hora de la recompensa. (*Se va.*)

ESCENA IV

(Entra José Juan muy pensativo. Pedro y Juan le abrazan efusivamente y dícele el primero, o sea Pedro).

Pedro.—¡Chico, te has perdido oir al señor Casimiro, que tiene un pico de ruiseñor!...

Salomón (*interrumpiéndole*).—*¿Ruín señor* dijiste?

Pedro.—¡Vamos, hombre! Usted siempre el mismo; metío en sus antiguallas sin que lo saque naide.

Salomón y **Juan** (*dirigiéndose a José Juan*).—¿Qué te ocurre, que vienes con esa cara de ajusticiao?

José Juan.—Preocupación del oficio. Me parece que vamos a la huelga general... ¡El sindicalismo francés!...

Pedro (*dirigiéndose al tabernero*).—Trae una caña y tendremos antes una juerga particular.

Salomón (*con tono severo*). – Cada mochuelo a su olivo; vuestras familias necesitan de vuestros consuelos, ya que les faltan recursos; y el abuso de la bebida trae sinsabores y quita medios; yo me voy con vosotros y dejemos a José Juan que se refresque un poco.

José Juan (*a Salomón*).—El caso es que yo necesito hablar con usted un rato.

Salomón.—Estoy a tu disposición. (*Toma a Pedro y a Juan del brazo, diciéndoles*): ¡Vamos, muchachos!... de seguida vuelvo.

Pedro.—¡Pero déjenos usted tomar la del caballo!

Salomón.—No hay otra que la de Villadiego. (*Se marchan, despidiéndose de José Juan.*)

José Juan (*al tabernero*).—Mira, tráeme un vaso de vino y déjame solo.

Tabernero.—Allá voy. (*Lo trae y se marcha, diciendo*): Pues que se inspire.

ESCENA V

José Juan (*llevándose con frecuencia la mano a la frente*).—Dicen que las estrellas marcan el sino de las criaturas. ¡Y qué obscura y fatídica será la mía! Soy como un rio que corre por esos mundos de Dios, sin rumbo conocido, y sin saber el seno de donde brotó su manantial... Yo no sé quiénes fueron mis padres, e ignoro lo que es de mi hermano. Tengo aspiraciones nobles, y se perderán en este mundo falso, como los mugidos del viento en el espacio; tengo fuerzas y no encontrarán trabajo; tengo aquí (*con energía y señalando al corazón*) un fuego que me devora, y todo se convertirá en ceniza y humo. Y en cambio, los que no tienen entrañas poseen toda suerte de amores; los que no tienen fuerza, lo pueden todo; los que no pisan el barro de los campos, ni perciben el humo de las chimeneas, son dueños de inmensos territorios, de grandes fábricas. Para nosotros las espinas, y ellos hunden sus pies en las blandas alfombras de sus palacios... ¡Revolución, revolución, y cuánto

tardas! Ven acá, que yo te recibiré alumbrando tus pasos con la antorcha incendiaria, caminando sobre los escombros de esta sociedad podrida. (*Bebe medio vaso de vino y entra Salomón.*)

ESCENA VI

Salomón.—Aquí me tienes. (*Se sienta con reposo.*)

José Juan.—Ya sabe usted, que fuera del orden de sus creencias religiosas, que yo respeto, en todo lo demás no hay asunto que no le consulte, ni resolución de importancia que no ponga en sus manos. Me encuentro en la situación más crítica y dolorosa que puede encontrarse hombre alguno en esta desdichada vida.

Salomón.—¿Qué sabes tú lo que ocurre en la casa del vecino? Vamos, sigue y pon tus nervios y la sangre debajo de la razón.

José Juan (*bebiéndose el otro medio vaso*).—Procuraré hacerlo; pero lo hallo difícil, porque las grandes pasiones no pueden menos de alterar el espíritu, y yo siento una muy intensa y vehemente: hay una joven huérfana de padre y madre; vive de la reducida paga que su difunto padre, teniente coronel, le dejara. Nos hemos encontrado varias veces en la calle, y casi siempre, al salir ella de la iglesia del Carmen, por ese lenguaje misterioso y profético del corazón, yo creo que nos amamos, esto es, que no nos miramos indiferentemente.

Salomón.—Dime, ¿te has fijado en la mirada? Porque en los ojos está la verdadera telegrafía sin hilos.

José Juan.— Sí, señor; me he fijado en su mirada, que, al chocar con la mía, ocurre como al acero al tocar el pedernal, que saltan chispas.

Salomón.—¿Pero tú estás seguro de que la mirada de esa mujer llevará esa amorosa corriente? No te fies de las mujeres, mira que de ellas solamente se comprende que son incomprensibles.

José Juan.—Estoy segurísimo de que por nuestros ojos se entienden nuestras almas, o lo que sea...

Salomón.—No te arrepientas, hombre, que lo has dicho muy bien; nuestras almas; ¿pues tú has visto alguna vez que por los ojos se entiendan las bestias?

José Juan.—Está visto; no es caso el presente para discutir. Mi consulta es la siguiente: Se trata de una joven, yo también soy joven; ella es una señorita y de familia burguesa; yo, obrero y sin familia; ella, al parecer, muy religiosa; yo incrédulo... ¡Ah! ¡Cuánto más volarían mis ilusiones, si en vez de haberla visto salir de una iglesia, hubiera salido de una fábrica!

Salomón.—Pero, majadero, si no hay iglesia sin fábrica.

José Juan.—Y digo yo: por esta incompatibilidad de creencias y de educación y de estado social, ¿me expondría a un fracaso si yo me declarase a ella? Porque dejar de amarla es imposible; lo he intentado varias veces; he querido cruzar otra calle; poner en mi fantasía otras mujeres, y en mi mente diversas ilusiones, pero ¡cá! Es muy cierto que el amor todo lo vence y que el corazón se impone... y así es que sin querer, queriendo, mi espíritu buscaba su figura, y mis labios su nombre, y mis ojos... hasta su iglesia...

Salomón.— Que será la tuya si ella se empeña y tú la quieres.

José Juan.—Y en el caso de declararme a ella, ¿en qué forma debo hacerlo? He aquí mi consulta.

Salomón (*después de reflexionar*).—Escríbela manifestándola lo que tienes, lo que piensas y lo que sientes (*pensativo*); te advierto que esa joven, por ahora, no pasará de ser *virgen* y *mártir*, y tú te contentarás con el oficio de *confesor;* pero... pasando el tiempo... ¡hay Providencia!

José Juan.—De manera que usted calcula que, con el tiempo, podría realizar mis deseos, aunque por ahora no. Claro está; hay un abismo entre los dos, y debe tardarse mucho en levantar el puente que nos una... ¿Y quién será el ingeniero? En fin; las leyes de la naturaleza obran oculta y sapientísimamente... Pues voy a escribirla al momento. (*Sale.*)

ESCENA VII

Salomon (*solo*).—¡Pobre muchacho, y qué misteriosa es la vida! Sin haber conocido a sus padres, los grandes amigos de mi alma; ni a su hermano, hoy sacerdote y capellán de la cárcel, sin rumbo fijo... ¡Lástima de muchacho, tan instruído, tan laborioso, tan naturalmente honrado! Pero, amigo mío, le ha contagiado eso que hoy llaman medio ambiente; mas yo no le abandonaré nunca y se salvará; que su corazón podrá estar extraviado, pero no perdido. ¡Vamos a ver lo que hay por el mundo! (*Sale.*)

ESCENA VIII

(Entran CASIMIRO y PEPA, la alcahueta.)

Casimiro.—Se hace necesario que la lleve usted esa esquela y que la hable mucho de mí; sobre todo de mi amor a la religión, ¿me entiende? De mi posición social, etc., etc., y que traiga de seguida la contestación; tome (*le da unas monedas*) y ande.

Pepa.—Descudie osté, señorito, que yo pondré toitos mis sentíos aun cuando, por lo que yo me figuro, ese pescao está vendío.

Casimiro (*muy contrariado*).—¿Qué me quiere usted decir con eso?

Pepa.—Pues mire osté, señorito, las mujeres, es decir, algunas, como yo, tenemos los rayos... (*sin atinar con la palabra, preguntando*). ¿Cómo se llama eso, Dios mío?

Casimiro.—¿Equis?

Pepa.—Eso mesmito; tenemos los rayos equis en los ojos, y nos metemos en lo más jondo de las criaturas cuando están enamorás. Pues bien; yo he visto a esa señorita echarle unas mirás a un tal José Juan, y a éste echarle otras a ella... vamos... que me paecía que sus corazones se enganchaban en el camino.

Casimiro.—¿Y quién es ese José Juan?

Pepa.—Pues, en comparanza con usted, la última palabra del creo. El es un probe obrero, sin padres conocíos; pero, eso sí, mu guapo y de muchas letras.

Casimiro. —¿En dónde trabaja?

Pepa.—En la fábrica de don Alberto, pero no tenga osté cudiao, que el dinero y la constancia too lo alcanza, sabe osté, que no quiero perder más tiempo, y me las guillo ya mesmito. ¡Y cuánto bueno la he de decir yo de osté! Porque, como me he de morir, le juro que me ha sío osté mu simpático, y míe osté que no lo digo por interés ninguno, porque yo, aunque probe, me gustan más las personas que el dinero; cuatro meses debo de casa; pues si me plantaran en la calle por decir una mentira, antes me moriría aunque tuviera por techo al cielo... que Dios está en toitas partes.

Casimiro.—¡Vamos, que se va el tiempo!

Pepa.—Si, señó, y yo también. (*Sale.*)

Casimiro.—Sitiada está la plaza, y no hay más remedio que tomarla; hasta hoy he salido triunfador en todas las batallas, usando del supremo arte de la *adaptación;* asceta, con los místicos; revolucionario, con los demagogos; lisonjero, con los grandes, y tono de potentado con los pequeños o pobres, haciendo con éstos como hacen los relojes de pared, que apuntan y no dan. Ese rival, si es que merece ese nombre, ya buscaré medios para que desaparezca de la escena *(pensativo);* pero vamos a aprovechar el terreno y el tiempo. *(Sale.)*

ESCENA IX

Casa de SOLEDAD

Soledad *(con la carta de José Juan en la mano).*—¡Pero qué desgracia! Una venturosa esperanza, trocada en amarga desilusión... ¡Cómo casar nuestros corazones, si están divorciadas nuestras cabezas! (*Vuelve a leerla.*) Y en medio de todo la fisono-

mia de esta carta es el retrato de un alma grande; nada me oculta... ¡hijo de padres desconocidos! ¡Qué importa, si todos tenemos a Dios, nuestro Padre común que está en los cielos! ¡Que es un pobre obrero! ¡Obrero fué San José!, y recuerdo cuando el señor cura nos decía el domingo pasado que la aristocracia verdadera consistía en la honradez, de mano con el trabajo; y que la sangre azul no corrió por las venas de Noé, ni por las de Adán, nuestros primeros padres... (*Vuelve a fijarse en la carta*); pero hombre que llama a las creencias religiosas preocupación de espíritus débiles y rutina de épocas bárbaras, ese hombre no puede ser mi esposo. Yo no traiciono a mi Dios, ni mancharé la memoria de mis padres. Continuaré *soltera*... y *mártir*... porque mi corazón es de ese hombre; pero mi alma, no. (*Entra la criada.*)

Criada.—Señorita, ahí está Pepa, que dice trae una carta para usted que la interesa mucho.

Soledad.—Dila que entre.

ESCENA X

Pepa.—Señorita, que Dios guarde a osté.

Soledad.—Y a usted también. ¿Qué me trae aquí?

Pepa.—Pues verá osté, señorita; pero antes entérese de lo que trae ese papel.

Soledad (*lee y después la dice*): ¿Qué caballero es éste?

Pepa.—Pues verá osté, señorita. Es un señorón que viene a ser, o a jacer diputados, porque de esas impolíticas no entiendo yo; pero es el caso, que es más beato que un cartujo, y cuanto le deja el tiempo sus cosas, a la iglesia va, de la iglesia vengo; y en una de estas ías y venías ha visto a osté, y se queó deslumbrao; porque la verdad es, señorita, que Dios la ha dao a osté unos ojos, que aun cuando no hubiera sol, ni luna, con esos ojos no se queaba el mundo a obscuras.

Soledad.—¿Pero ese caballero busca mis ojos?

Pepa.—No, señorita; eso lo digo yo, y qué sé yo tampoco lo que a él le pasará por drento. El lo que me ha dicho, ni más ni menos, es que la entregue a osté esta carta; lo demás io pongo yo de mi cosecha, ¡vaya, si paece un santo!, y hasta guapo inclusive, y me está conquistando a to el pueblo.

Soledad.—No comprendo... ciertas cosas; pero, en fin, le daré la contestación. (*Escribe.*)

Pepa (*aparte*).—¡Me parece que este terreno está mu duro! Aquí no labra naide más que José Juan... y de éste será el grano.

Soledad.—Tome (*la entrega la carta*), van dos renglones.

Pepa.—Quee con Dios, señorita.

Soledad.—El vaya en su compañía.

ESCENA X

Taberna.—José Juan, Pedro y Cándido

Pedro.—¡Eso es hablar bien y lo demás es música!

Cándido.—Y todas verdades más grandes que montañas. Ese debiera ser nuestro diputao, y ya ves tú que él no aspira a nada, y él se llama uno de los apóstoles de la revolución social.

Pedro (*al tabernero*).—Tráenos algo, hombre. Ya te vi en el círculo. ¿Qué te ha parecido, Casimiro?

Tabernero.—¡Calle usted, hombre! Yo no he oído a naide con un talento y una memoria como la de ese tío (*trae una botella*).

José Juan.—Yo deseo ver a Salomón para oir su juicio, porque él no le ha perdido ojo. ¡Hombre, quien mienta a Mahoma, por la puerta asoma! Ahí viene. (*Entra Salomón.*)

ESCENA XII

Todos a una.—¿Qué le ha parecido el orador?

Salomón (*mirándolos con gravedad*).—Un grillo en noche obscura, eso me ha parecido. Uno de tantos vividores como se encuentran en Madrid; porque habéis de saber, que allá, en la corte, el noventa y cinco por ciento de los políticos piensan para comer y comen para pensar, y este es uno de tantos; es decir, que no tiene corazón, ni habla, por lo tanto, con sinceridad.

Cándido.—Nada, está visto; usted sin salirse nunca de sus rutinas.

Salomón (*con ímpetu*).—¡Qué rutinas ni qué niño muerto! Nada más antiguo que la luz del sol, y por eso ¿la postergarás tú a la moderna de la electricidad? Ese hombre nos ha presentado un campo muy bonito, lleno de amapolas, pero con pocas espigas... y yo, en todas estas cosas busco el grano, el grano...

Cándido.—¿Pero dejará usted de acatar cuanto ha dicho de las ventajas del socialismo?

Salomón.—Pero, vamos a cuentas; a ti, que eres socialista, te pregunto: ¿Qué es socialismo?

Cándido (*tartamudea, sin saber qué decir*).

Pedro (*a Cándido*).—Tómate una copa para que te inspire, pues lo que es yo, aunque me atice dos, me quedo a obscuras.

Salomón.—De donde resulta que habláis y queréis aquello que no entendéis.

Pedro.—Y tú, José Juan, ¿qué dices a esto?

José Juan (*todos escuchan con gran atención*).—Pues yo opino como nuestro Salomón; nada ha dicho del contrato del trabajo, ni de la reorganización de las clases, ni de los Sindicatos de obreros, ni de la importancia de las Cooperativas; temas los más obligados y transcendentales en beneficio de nuestro cuarto estado; ha hablado a la imaginación con palabras deslumbrantes, y creo... que arrimando al ascua su sardina.

Salomón.—¡Bien, hijo mío! Te has expresado como un sabio.

Cándido (*contrariado*).—Entonces, ¿de quién ha de fiarse uno en este mundo?

Salomón.—De las obras y no de las palabra. *(Entra el tabernero y llama a José Juan, entregándole una carta que éste lee, con vivísimo interés, en un rincón. Salomón no le pierde ojo.)*

José Juan (*a Salomón*).—Tenemos que hablar.

Pedro (*levantándose y dirigiéndose al tabernero*).—Oye: échanos la de la yegua.

Cándido.—Venga, y vamos a olfatear lo que hay sobre la huelga. (*Beben los dos y se retiran.*)

ESCENA XIII

Salomón.—¿Qué hay?

José Juan.—Lo que va usted a oir (*lee*): «Siempre oí decir que quien ama vive moralmente en la persona amada: yo amo a Dios, y por eso deseo vivir en El y dentro de su ley santa; si usted endereza hacia mí su amor, ya sabe cómo ha de encontrarme: buscando caminos que no son, en verdad, ni largos, ni pedregosos. Su afectísima, Soledad.»

Salomón.—Si esa mujer tiene tanta hermosura como talento revela esa carta, será un ángel; no cabe decir más, en menos palabras.

José Juan (*vuelve a leerla para sí solo y besa la firma*).—¿Qué hacer? ¡Situación como la mía!... ¡Abdicar yo de mis ideas!... ¡Fingir otras!... ¡Ah!... Eso no puede ser; seré esclavo, seré lo más infortunado de la sociedad, pero jamás hipócrita... ¡Salomón, Salomón! Ahora, como nunca, necesito los recursos de tu ingenio. ¿Qué me hago yo?

Salomón.—Pues ahora, ¿oyes? sentir menos y pensar más, consultando con la almohada; vamos a pasear.

ESCENA XIV

Casa de SOLEDAD: habitación modesta; SOLEDAD está limpiando el velador, los cuadros, etc., etc., y cantiquea las siguientes coplas:

Soledad.—Quisiera que te murieras—pero no te mueras, no—yo quisiera... ¡qué sé yo!—¡qué sé yo, lo que quisiera!—Ni contigo, si sin ti—tienen mis penas consuelo—contigo, porque me matas—y sin ti, porque me muero. (*Entra la criada, avisándola de la visita de Casimiro. Soledad la advierte que esté sobre aviso, y que le anuncie que pase.*)

ESCENA XV

Casimiro.—A los pies de usted, señorita.

Soledad.—Beso su mano.

Casimiro.—Dispénseme si la molesto o distraigo de sus atenciones. La Providencia, que en todo obra, ha hecho que yo conociera a usted, al entrar en la iglesia del Carmen, adonde voy con alguna frecuencia, por ser muy antiguo devoto de su santo Escapulario; y la verdad, al fijarme en usted por su manera de ser especial, pregunté acerca de su persona, cuando he llegado a enterarme de que es usted hija de un amigo de los más íntimos con que contara mi padre, que también, como el suyo, en paz descanse. ¡Cuánto le oí celebrar por su bizarría y acrisolada honradez!

Soledad (*conmovida*).—Gracias. (*Reponiéndose un poco.*) ¿Y lleva usted muchos días de estar aquí? Porque yo he oído que estaba usted preparando la elección para hacer diputado a un socialista de Madrid, y por este motivo me he enterado de algunas cosas que no hago caso, no sólo por no dar crédito a la fantasía popular, sino porque yo no salgo de mi vida retraída.

Casimiro (*muy turbado*).—Efectivamente; hay algo de verdad

(*sonriéndose*) y voy a permitirme ser lo franco que usted me merece. Estamos en tiempos de *soberanía popular*, de manera, que como el pueblo es *soberano,* tenemos necesidad de conquistarlo los que abrigamos nobles aspiraciones en bien de la religión y de la patria, hoy, por desgracia, desquiciada. Mas el pueblo es una escuela de niños; tengan los alumnos barba negra o canosa, siempre serán niños, con sus extravagancias, aficiones e instintos pueriles; pero niños muy maleados por esa Prensa y esas predicaciones que han envenenado sus ideas y sus sentimientos, transformándolos de ángeles buenos en ángeles de guerra y exterminio. Pues bien; un amigo mío, que más que amigo es hermano, de talento y dotes extraordinarias y de un fondo de piedad inmejorable, aspira a ser diputado; yo soy su representante o comisionado para trabajarle la elección, valiéndome, al efecto, de los conocimientos que ya aquí tengo; pero ¿cómo preparar el terreno? Hay que mirar las cosas tales como son. Si abro surcos con el arado evangélico y arrojo sobre ellos la semilla católica, ¡adiós Diputación! Ese campo sería un erial; pues ¿qué hacer? Adaptarse, por ahora, a este pueblo; llevar a sus pulmones el ambiente que desea; a su corazón las esperanzas que le enardece; a su espíritu las ambiciones que solicita, y así, una vez conseguido el puesto, presuponiendo siempre su docilidad e ignorancia, paulatinamente se le irá inoculando sangre cristiana, o lo que es lo mismo, se le irá educando en la escuela del catolicismo hasta que comprenda que es la única que regenera a los pueblos, y en donde se forman los héroes, los santos y los sabios... ¡Pero si supiera usted lo ardua que es esta labor! Porque como en toda regla hay excepción, en este *pueblo escuela* se dan niños, o sea se dan hombres de opiniones tan arraigadas en el mal, y de sentimientos tan corrompidos, que es casi imposible el catequizarlos, o lo que es peor, son estorbos para el bien. Sin ir más lejos, parte de mi labor me la está destrozando un obrero anarquista, enseñando que mi doctrina es casi clerical. ¡Cómo serán las suyas! Creo que se llama este desdichado, José Juan;

hijo de padres desconocidos, y que, según me han asegurado, su padre murió en un cadalso; pero, en fin, Dios conoce mis intenciones, y Él, tarde o temprano, las coronará.

Soledad (*muy conturbada*).—Dios se lo premiará; de modo que ese... José Juan... ¡pobrecito! yo había oído... yo no sé nada de esas cosas... ¡qué horror... ajusticiado su padre! Pero si me dicen que... el mundo va muy mal, ¡qué desgracia!

Casimiro (*Aparte.*)—¡Parece que le duele! ¿Y usted no tiene familia?

Soledad.—Vivo, como dice mi nombre, en completa soledad.

Casimiro.—Debe ser horrible la soledad, en contraste con su persona, que no cabe más fina, ni más discreta, ni más simpática; yo también vivo casi solitario; busco el bullicio del mundo por distracción, cuando me lo permiten mis trabajos de abogado, después de cumplir, con la ayuda de Dios, las obligaciones del cristiano; mas ya estoy sintiendo el tedio de la vida, y será menester compartirla con la que la Providencia me tenga deparada; usted, que es tan fervorosa, pídale a Dios que sea pronto, y buena.

Soledad.—Lo haré, ¡aunque suben tan poco mis oraciones!

Casimiro.—¡Cómo no han de subir las plegarias de un ángel! (*Entra la criada.*)

Criada.—Señorita, está el señor cura y su sobrino.

Soledad.—Que pasen (*dirigiéndose a Casimiro*). Es mi párroco y confesor; un verdadero santo; está casi ciego, y le acompaña un sobrinito.

ESCENA XVI

El cura.—Buenos días, hija; vengo asado de calor. ¿Tienes visita?

Soledad.—Aquí le presento a este señor, hijo de otro, íntimo de papá.

Casimiro (*besándole las manos*).—Servidor de usted, Padre.

El cura.—Muy señor mío; pues vengo, hija, de visitar la Confe-

rencia de San Vicente y de hablarles a mis obreros del Círculo, que están soliviantados con tanta majadería y tanta barbaridad...

Casimiro (*mirando el reloj y fingiendo una cita*).—Perdóneme, padre, porque yo rindo culto a la exactitud, y estoy citado con un amigo a las doce y faltan tres minutos; ya tendré el honor de visitarle para ponerme a su disposición.

El cura.—Desde luego estoy a la suya. ¿Va a estar aquí muchos días?

Casimiro.—Unos cuatro o seis. ¿Cuál es su parroquia?

El cura.—La de San Lorenzo. Pida usted a Dios, ya que revela ser de los nuestros, por este pobre pastor, ya casi ciego, y más que por él, por su pobre rebaño, ahora asaltado por un pícaro lobo, que se ha metido dentro... ¡Ah, si yo tuviera vista como puños!

Casimiro.—Lo haré, padre, aunque soy un miserable pecador. Señorita, a los pies de usted; ya tendré el honor de despedirme.

Soledad.—Como guste; yo seré muy honrada.

ESCENA XVII

Soledad.—Padre, ¿sabe usted quién es ese caballero?

El cura.—¡Cómo, si ni tú ni él me habéis dado su nombre!

Soledad.—Pues es el mismísimo agitador de los obreros, el señor Casimiro.

El cura.—¡Santo Dios! ¿qué me dices?, ¿y qué hacía aquí ese hombre? ¡Ah, que me lo ha dicho! Pues... algún puyazo lleva dentro con lo poco que me oyera.

Soledad.—Yo me apercibí de ello, y por lo mismo quise cambiar de conversación.

El cura.—Y él de puesto; ahora me explico lo repentino de su despedida, pues ¡ojo con ese bicho!

Soledad.—¡Y tanto ojo, Padre! Yo no sé lo que he leído en los suyos, que por cierto no miran rectamente.

El cura.—¡Malo, malo!...; y si los tiene cargados de carne, peor. La frenología no será ciencia, pero en estas apreciaciones no falta, así lo aprendí hace mucho tiempo.

Soledad.—Además, padre, yo no debo ocultarle nada; me habló de José Juan ¡de un modo tan cruel, y yo creo que intencionado!; perdóneme Dios si formo un juicio temerario, pero sospecho que ese hombre no viene con buena intención, y eso que se las da de beato.

El cura.—Persona que tiene frecuentemente la Religión en sus labios, por lo común lleva la hipocresía en el corazón.

Soledad.—¡Y qué cosas tan negras me dijo de José Juan!

El cura.—Pero ¿dónde demonios lo ha conocido o tratado? ¡Cuando digo que ojo! *(Llega la criada con una carta de José Juan, que lee delante del señor cura.)*

Soledad.—Con su permiso, Padre. *(Lee.)* «Mi distinguida señorita; yo amo a usted con toda mi alma, y por lo mismo vivo pensando en usted noche y día. Si, como dice muy bien, el que ama vive en la persona amada, déjeme que me acerque para estar dentro de usted; que si Dios y su ley santa viven en el fondo de su corazón, allí se encontrará mi vida alimentándose de Dios y de la suya. Dígame si puedo hablarla, con la persona que usted designe para prestigio de su honra, que estimo más que la mía. Su afectísimo, *José Juan.*

El cura.—¡Sabes que ese obrero ha estudiado metafísica! Por supuesto, todo el mundo dice que tiene extraordinario talento; es muy amigo de Salomón.

Soledad.—Ya lo sé. ¿Y por qué le llaman Salomón? (*Vuelve a leerla para sí.*)

El cura.—¡Ah, es un diamante en bruto! Yo le oigo con embeleso; habla poco y observa mucho; pero cuando habla, cada palabra es una sentencia.

Soledad.—¿Y qué me aconseja usted que haga?

El cura (*reflexionando*). - Que accedas, diciéndole que le acompañe Salomón, por ser persona muy prestigiosa en el pueblo; además que, siendo tan amigo suyo, indudablemente está me-

tido en el ajo; y... nada, hija mía, confiemos en la Providencia; ya sabes mi opinión: ¿que es pobre?, bienaventurados los pobres, dijo Jesucristo; ¿que es obrero?, esa es su honra mayor, que nada dignifica al hombre como el trabajo; ¿que no conoció familia?, tampoco Melquisedec y fué Sumo Sacerdote de la Antigua Ley; ¿que no tiene creencias?, a un hombre infiel, dice San Pablo, lo hace creyente una mujer buena; pero si se obstina en sus trece, tú en tus diez, que son los diez mandamientos, ¿oyes?

Soledad.—Sí, padre, haré cuanto usted me dice.

El cura.—Pues, adiós, hija, y pongámonos en su mano.

Soledad *(besando su mano).*—Que El se lo pague.

ESCENA XVIII

En la taberna.

Casimiro.—Mucho tarda esa bruja... Nada, no hay duda... José Juan tiene silla en aquel corazón, ¡pero vive Dios! que yo tendré trono. *(Llega Pepa.)*

Pepa *(jadeante).*—¡Ay, señorito! me he chupao la calle como un caramelo.

Casimiro.—Pues hace medio siglo que espero a usted.

Pepa.—¡Pero si el recao me lo han dao ahora mesmito!

Casimiro.—Bueno, vamos al grano; usted, que es tan sabihonda, ¿qué opina de Soledad? ¿Conquistaré esa plaza?

Pepa.—¡Digo claro que sí! Lo mismo que si fuera osté el Ci Capeador; osté es un barbián con mucha sal; toíto el pueblo no jace más que hablar de sus discursos en los maitines; que están locos perdíos, por lo bien que lo jace. ¡Digo! Es osté abogado, y será menistro; tiene parné... y con esos cañones, ¿qué fortaleza se resiste? Es verdad que ella se ha fijao en José Juan; pero ¿por qué? Pues porque la probe está sin sombra de naide,

y el día de mañana lo ve mu obscuro. Además, que ya ha entrao en la edad de la calentura.

Casimiro.—¿Qué edad es esa?

Pepa.—¡Pues no lo sabe el señorito! La de los veintisiete años. Mie osté; la mujer que llega a esa edad y se ve sortera, se casa con un chopo; y si no encuentra, se mete en la iglesia, pa vestir santos, o desnudar curas o sacristanes. Créame osté; es la edad de la desesperación; pues esa señorita ya estará tocándola, y al primero que le ha dicho «Soleá», le ha contestao como los soldaos: «Presente».

Casimiro.—¡Pero qué demonio de mujer, y cuánto sabe! Bueno, pues es menester que derrames ahora todo tu ingenio para que yo salga adelante en mi empresa.

Pepa.—Descudie osté, que por su persona daría yo hasta la ropa que tengo, y no tengo más que la puesta.

Casimiro.—Toma, por lo pronto, para que pagues los cuatro meses de casa. *(Saca unas monedas.)* Más tarde te compraré un buen vestido. Lleva estos libros, que son piadosos, a la señorita Soledad, con las medallas y esta esquela; fíjate bien ¿oyes? en lo que dice, y en la cara que pone cuando lea mi carta; veremos cómo te portas; procura sacar conversación de José Juan, diciendo de él cuanto malo te se ocurra, ¿me entiendes?

Pepa.—Señorito, ¡que si lo entiendo! Y yo leo en sus ojos como en un libro.

Casimiro.—Andando, que hay que aprovechar el tiempo. (*Se marcha Pepa.*)

ESCENA XIX

Continúa CASIMIRO solo.

¡Qué mujer tan ideal! ¡Y que vaya a caer en los brazos de un obrero! Eso no será; si no consigo mis fines ¡vive Dios!, ella se quedará sin paga, y la sitiaré por hambre; a él lo dejaré sin trabajo, y lo meteré en la cárcel; para algo ha de servir el ser cacique.

(*Reflexionando.*) Lo cierto es que hoy hay un desequilibrio social como nunca, y que la careta de la civilización y de la libertad cubre la más crasa de las ignorancias y la más odiosa de las tiranías. Se habla contra el feudalismo de la Edad Media... ¿Qué más feudalismo que el de la época presente, encarnado en cada uno de nosotros, que es un reyezuelo despótico, sin ideales y sin conciencia? Aqueños señores serían bárbaros, pero eran creyentes y de arranques generosos, y acometían empresas nobles; pero ahora, lo mismo yo (y como yo, todos), incienso a la diosa democracia, que al socialismo, que a Felipe II si resucitara. La cuestión es vivir para poder gozar; ese es el fin; y para conseguirlo, hay que aprovechar todos los medios. (*Mira al reloj.*) Va a llegar la hora y conviene preparar la conferencia. ¿De qué les hablaré? Pensaba hacerlo contra los curas; pero no me conviene, que está Soledad por medio; les hablaré sobre el altruismo y la filantropía; condenando el capitalismo y la soberbia y avaricia de los ricos... y a vivir. (*Sale, y a poco rato entran José Juan y Salomón.*)

ESCENA XX

José Juan y Salomón

José Juan.—Pues ya sabe usted lo que me dice; de modo que confío en que no me abandonará en estas circunstancias.

Salomon.—Yo no te abandonaré jamás; ahora piensa lo que has de decirla.

José Juan.—No puedo pensar, y en su presencia menos seguramente; sólo puedo meditar en ella, y ese pensamiento me consume todos los demás..., y noto que el semblante se me muda y la imaginación se exalta y que hasta las palabras quedan prisioneras en la garganta, figurándome que estoy delante de ella... ¿Qué será esto, Dios mío?

Salomón *(sonriente).*—¡Con qué, Dios mío!

José Juan.—Si no sé lo que digo.

Salomón.—Pues eso es querer... y no sé quién ha dicho que las grandes pasiones son mudas, y por eso los charlatanes como Casimiro hablan tanto, porque sienten poco, y, sin embargo, el público *niño,* compuesto de Jacintos, Pedros, Pepes y Juanes, los aplauden; claro es, ¡si el sentido común es ya el menos común! (*tomando a José Juan del brazo*). Ea, vamos allá; ánimo y fe en la Providencia. *(Se van.)*

ESCENA XXI

Casa de Soledad

Soledad.—¡Dios mío! Hágase en esto, como en todo, tu voluntad; pero ¿por qué habéis consentido que arda en mí esa llama que me consume? ¡Le quiero tanto! (*Entra la criada.*)

Criada.—Señorita, ha venido Pepa, y dice que quiere darla un recado.

Soledad (*muy displicente y pensativa*).—Que pase, y la despediré, y a su amo, o lo que sea, de una vez. (*Entra.*)

Pepa.—Que Dios guarde a osté, señorita.

Soledad.—¿Qué se le ofrece?

Pepa.—Pues ha de saber osté que ese señó... ese... ¡Jesú, que no macuerdo de su nombre!..., el del otro día..., el deputao que ya es el amo del pueblo... porque tiene un pico de oro, señorita.

Soledad (*con enfado*).—Bien, acabe usted con lo que quiere.

Pepa.—Vengo, señorita, de su parte a traerle estos orsequios, con esa esquela que dirán lo que son. Yo, por una palabra que le cogí, me figuro que son libros muy santos y retratos de pueblos; porque dijo el señorito, al colocar uno «Villa de Castín»: Como él está chiflaito por osté, pues es claro que no jace más que darle por el gusto; y como él sabe que es tan religiosa, la manda estas medallas y esos libros tan buenos... ¡Ay, Dios mío, y qué dicha tropezar con almas como las del señó Casi-

miro! Y no sabe osté, señorita, las limosnas que jace a la chita callando; porque es mu rico; ayer estaba en tratos pa comprar un cortijo, que vale la mar de miles de duros. ¡Ay, lo que son los sinos de las criaturas! ¡Quién tuviera los años de osté y su garbo, y tó lo que vale, y lo pescara!; pero, en fin, este mundo es asina; tiene que haber barancos y montañas.

Soledad (*impaciente*).—¡Acabó usted ya!

Pepa.—Perdóneme por Dios, señorita, si la incomodo, que yo pa osté quiero un trono más grande que el de la reina, y esto no es andaluzáa, señorita; que yo no vengo aquí por interés ninguno, sino que soy una probe, y tengo que ganarme el pan con lo que me sargá; eso sí, que a mí me gustan las personas decentes; porque aquí donde osté me vé, yo tengo un primo canónigo de la catedral de Málaga, así como me revientan las personas de mala ley, y con mala sangre... pero toito hay que llevarlo por Dios en este mundo, lo bueno y lo malo: este señorito da buenas palabras y buenas obras a toa la gente; en cambio otros... ¡míe osté lo que me pasó el otro día! porque no caí en dejarle la acera de la calle a un obrero: me tomó del brazo y me arrempujó de tal manera, que me echó por el suelo en metá de ella.

Soledad.—¡Qué bárbaro!

Pepa.—Pues no se contentó con eso, señorita, sino que se gorvió contra mí, y aquella boca era un escorpión, ¡qué de cosas dijo contra Dios y Su Santísima Madre!... ¡madre mía! (*Como angustiada.*)

Soledad.—¡Qué horror! ¿Y por qué no se quejó usted a la autoridad?

Pepa.—¡Cómo me había de quejar! para que ese bruto, con perdón de osté, al primer encuentro me rompiera las costillas. ¡Es una fiera! ¡Si tiene fama en todo el pueblo! Parece imposible que osté no haya oído jablar dél; se llama José Juan; es un perdío, hijos de padres desconocidos; por supuesto, que de tal palo tal astilla, pues su padre fué... en fin, lo que fuera; pues, bendito sea el Señor, que a mí no me gusta mormurar de naide.

Soledad.—Ya se conoce; pues llévese sus obsequios al señor Casimiro y que los aprecio en lo que valen.

Pepa.—¿Por qué no me lo pone usted por escrito? Porque yo no sé decir eso tan fino.

Soledad.—Dos palabras: que gracias y... que no hay motivo para yo recibir su obsequio... a Dios.

Pepa (*aparte*).— Se perdió el pleito. (*En voz alta*): Quée osté con Dios, señorita.

Soledad *(muy pensativa).*—¡Dios mío, será posible! *(Con resolucion):* No, no; José Juan no es hombre fiera. Las palabras de esa mujer se han quedado en mis oídos nada más; no han llegado al corazón, porque mi corazón las repugna; al contrario, si cabe, aumentan mi amor hacia él... pues se urde alguna trama sin duda. *(Llama la criada y entra.)*

Criada.—Señorita, unos señores que desean hablar con usted.

Soledad.—Que pasen *(mirándose al espejo y emocionada).*

ESCENA XXI

Entran José Juan y Salomón

José Juan *(se descubre y conturbado la saluda sombrero en mano).* —Beso su mano, señorita.

Salomón (*sonriendo y dirigiéndose a José Juan en voz baja.*—¡Todavía no, hombre, cálmate!

José Juan *(dándose cuenta).* —Perdóneme usted, señorita; ya se lo dije a mi respetado amigo, que en esta ocasión no sabría que decir...

Soledad *(con afabilidad encantadora).*—¿Y por qué?; figúrese que está en su casa, rodeado de personas de probada confianza.

José Juan.—Mil gracias.

Salomón *(sonriendo).* —¿Pasó ya el nublado? ¿Hablas tú, o hablo yo?

Soledad *(con más soltura y más sonriente).*—Ya pasó el susto. Le oí decir a mi difunto padre (que esté en gloria) que al comienzo de las batallas, todos tenían miedo; pero pasados los primeros tiros, volvía el ánimo a ocupar su puesto.

Salomón.—De modo que esto esto es una batalla: han sonado los primeros tiros: la señorita es la fortaleza, tú el soldado. ¿Será tuya la victoria?

José Juan.—Si así fuera, no me cambiaría por Alejandro, ni por César, ni por Napoleón.

Salomón *(a Soledad).*—Ya ve usted cómo el mozo, aunque obrero, es instruído y no charlatán.

Soledad.—Ya lo veo. *(Con mucha amabilidad.)* A propósito de charlatán, ¿han oído ustedes a ese Casimiro que da conferencias a los obreros?

Salomón.—Ambos le hemos oído.

Soledad.—¿Y que les parece a ustedes?

José Juan *(dirigiéndose a Salomón).*—¿Sabe usted que antes de salir de casa me ha enviado una esquela, invitándome a una cita? No se lo he dicho a usted porque mi imaginación está ocupada en otras cosas *(mirando a Soledad que le oye con profunda atención).* Pues a mí me parece que es un solemne hipócrita, un vividor como otros tantos, que desea subir sobre los hombros de los incautos obreros.

Soledad *(a Salomón).*—Y a usted, ¿qué concepto le merece?

Salomón.—Que es un pájaro de cuenta el tal Casimiro; y pájaro de mal agüero.

Soledad.—Perdonenme, porque las mujeres somos muy curiosas. ¿No han oído hablar ustedes de un obrero que ha atropellado a una pobre mujer sólo por el motivo de no dejarle la acera de la calle? *(Fijándose en José Juan.)*

José Juan y **Salomón.**—¡No hemos oído palabra!

Soledad.—¡Se fantasea tanto! *(Dirigiéndose a José Juan).* ¿Irá usted a la cita?

José Juan.—Haré lo que usted me mande, o a usted le parezca.

Salomón.—¡Muy bien!

Soledad *(con discreto movimiento y vista baja).*—Yo no soy quién. ¿Cómo he de aconsejarle? Perdóneme si en mis preguntas he ido más allá de lo que debiera...

José Juan.—Usted, en el caso presente, y desearía que fuera en todos, es el sitiador y yo la fortaleza, que se le rinde a discreción: yo no quiero pensar ni sentir, sino como usted siente y piensa: ahora bien; yo soy un pobre, pero muy caballero en el cumplimiento de mis promesas. Yo he prometido a mis compañeros no abdicar, o, mejor dicho, no vender mis opiniones en materia religiosa, por nada ni por nadie, y yo no quiero pisotear mi conciencia imponiéndola creencias que no tiene: he encontrado a usted en mi camino, creyendo hallar el tesoro de mi vida, la ilusión de mis ilusiones: en ese camino me he hallado como obstáculo la materia de nuestras creencias religiosas que pugnan entre sí: sería yo el hombre más feliz del mundo si ese obstáculo desapareciera por la fuerza de la convicción, no por la maña de la hipocresía; para ello, yo le pido a usted de rodillas el fuego de su corazón y la luz de su inteligencia. (*Se arrodilla: Salomón saca el pañuelo y se limpia los ojos, levantándolo.*)

Soledad.—Fuego... fuego o calor, ya sabe usted que lo tiene: luces no puedo ofrecerle, porque las mías son muy débiles; pero ya sabe usted que el hombre es un animal de costumbres; según lo que trate se hace: usted ha leído mucho, pero quizá de una sola materia: es bueno que lea algo de materias distintas, y me he de permitir, por vía de amoroso e imparcial consejo, le diga que leá dos libritos que le voy a ofrecer: «las Cartas a un escéptico», de Balmes, y el «Kempis»; este último se le hará, por lo pronto, más difícil de comprender; pero si persevera en su lectura, día vendrá en que no lo dejará de la mano. (*Se levanta, los coge y entrega.*) Ahí los tiene usted, y cónstele que yo heredé de mi padre un corazón que lo tenía encerrado en urna de cristal; quiero decir, que la franqueza, quizá a veces excesiva, es patrimonio de mi carácter; pues bien, con la misma le confieso que busco más su alma que su corazón; jamás iré a

éste perdiendo aquélla, aunque el mio... (*balbuciente*) sufriera lo que sufriera; he avanzado indiscretamente, perdóneme; ya sabe que soy así; otras jóvenes en casos análogos tal vez hubieran andado con remilgos o dilaciones que yo no me explico, y que me resultan rutinarios; yo soy tarda en deliberación, pero muy rápida en la ejecución, y cuando llega la hora, digo todo cuanto siento. *(Salomón la contempla estupefacto y conmovido.)*

José Juan.—Entré en esta casa con suspiros en el pecho, y salgo con lágrimas en los ojos... Usted me ha engañado; se me presentó como mujer, y veo que es un ángel.

Salomón.—Eso mismo digo yo. ¡Qué de cosas y qué de recuerdos viven en mi cabeza!

José Juan.—Señorita.

Soledad.—No me diga más señorita; llámeme Soledad.

José Juan.—Lo dicho, yo salgo de aqui loco... Pues, Soledad, por lo que más ame en el mundo, quisiera que me otorgase un favor, y es que nos hablemos siquiera dos veces en la semana por la reja... Se lo suplico por Dios.

Soledad (*sonriendo*). - Conque por Dios, ¡eh!

Salomón.—El caerá, ya lo creo que caerá.

Soledad (*reflexionando y con dulzura*).—Eso no puede ser, porque *no debe* ser; hay que caminar con paso firme y ojo circunspecto; sí, accedo con mucho gusto a que nos escribamos cada dos dias, y que nos hablemos cada diez, como ahora; es decir, con tan grata y respetable compañia.

Salomón (*emocionadísimo*).—Permitame usted que bese su mano, que yo soy un santo que besa a una virgen. (*La besa y Soledad sonríe.*)

José Juan.—Repito que le estoy rendido en absoluto.

Soledad.—Convenido...; ya veremos...

Salomón.—Pues vámonos, que en la casa hay que hacer; Soledad (*con voz temblorosa*), siempre a su disposición.

José Juan.—Me permite usted que le dé la mano.

Soledad (*muy complaciente*). —Por qué no!

Salomón (*mirando los dedos de la mano*). – Esos diez mandamientos se encerrarán en dos. (*Señalando a ellos.*) Adiós.

Soledad.—Ya saben dónde tienen su casa y su amiga. (*Se retiran clavando antes sus miradas. Soledad le mira furtivamente por la ventana y después se retira.*)

ESCENA XXII

Taberna.

Casimiro (*hablando solo*).—No me ha resultado mal la conferencia y he sabido aprovechar los entusiasmos de Jacinto y de Pepe; en cambio, José Juan y ese tal Salomón parecían estatuas... Bueno; conque, según Jacinto y Pepe, es evidente el enamoramiento de los dos; veremos lo que resulta de la cita, pues creo que no me faltará. ¡Ah! Ahí viene Pepa. (*Abre la puerta precipitadamente y entra.*) Por fin, ¿qué, Pepa?

Pepa.—Señorito, no se gana Zamora en una hora.

Casimiro.—¡Pero qué! ¿Me trae usted los libros? (*Con rabia.*) ¿Me desprecia?

Pepa.—Ca, no señó; osté entenderá mucho de toas esas retóricas que les pedrica a los hombres, que me los trae tarumbas; pero de mujeres no sabe osté palabra. La dije la mar de cosas de osté, de su riqueza, de su talento, de su buen corazón, y como quien no quié la cosa, la jablé de José Juan como de un bandido, ¡y vaya la cara que puso!; después la di los libros y la esquela, y los miró con una sonrisita, que se los quiso comer, y aun después leyó la carta, y yo sin pestañear, y noté que la alegría la jervía en su pecho, y se puso de repente pensativa y dijo: ¿Por qué no me los ha traído él, con un criado o con usted misma?

Casimiro.—¿Eso la dijo a usted?

Pepa.—Lo que está osté oyendo. Esto es el mismísimo Evangelio, porque yo, señorito, aunque probe, moriré por la verdad; no hay cosa que más me repugne que la persona embustera.

Casimiro.—Vamos, siga usted.

Pepa.—Pues como le iba diciendo, y pa acabar —porque ha de saber osté que aquí donde me tiene entoavía no he tomado más que una taza de café con un coscorrón de pan— le diré a osté que ella lo que desea es que osté vaya por allá y se los lleve; las mujeres somos asina, mu vanidosas, y como en el pueblo no se jabla más que de osté, pues ella piensa darse tono para que la gente vea que osté entra en su casa.

Casimiro.—¿Lo cree usted así?

Pepa. —Como creo que nos hemos de morir.

Casimiro.—¿Y qué dijo de José Juan cuando de él le habló tan mal?

Pepa.—Pues mu enfadá dijo: Ese malvado debiera estar en la cárcel.

Casimiro.—¿Eso dijo?

Pepa.—¡Toma! ¡Si creerá usted, señorito, que porque yo no he comío, está mi cabeza desvariando!

Casimiro.—Bien, mujer; te has portado como una heroína. Toma estos cinco duros para que comas una semana. *(Se los entrega.)*

Pepa *(aparte).*—Me despido, señorito, Dios se lo pague. *(Entra José Juan.)*

ESCENA XXIII

Casimiro y José Juan se miran estudiosamente.

Casimiro.—Ante todo, mil gracias por su atención á mi llamamiento; es el caso, que mis asuntos y compromisos personales me llaman a la corte; voy contentísimo de la labor que he hecho, gracias a ustedes que forman la clase proletaria, como así se lo diré a mis amigos; yo creo que nuestro triunfo será completo, pero yo necesito aquí un hombre que conserve el horno, para que con los combustibles de su talento y de su actividad no se apague el fuego... ni falte el pan; y me he fijado en usted, por las dotes particulares que, según todos me dicen, re-

une; después del trabajo vendrá la recompensa; usted es joven, y aun dentro de su clase ya procuraremos darle honra y provecho, ¿me entiende usted? Si me permito aconsejarle que no deje de cavar en el terreno religioso hasta extirpar de raíz toda semilla clerical; hay, por desgracia, mucha maleza en este país, y sobre todo en el corazón débil y beatesco de la mujer; hay necesidad de descubrir el rostro hipócrita de los curas, profanadores no sólo del templo de la ciencia, sino de los sagrados del hogar. Mire usted lo que en este pueblo ha pasado por mis mismos ojos: mi difunto padre, militar, tenía un íntimo amigo, también militar, muy bravo y pundonoroso; sabía yo por él que aquí había dejado, después de su muerte, una hija única, y naturalmente, en recuerdo a la memoria de ambos padres, y hallándome aquí, creíme obligado a preguntar por la huérfana para visitarla: se llama Soledad; pues me dijeron *en secreto público* —pues fué por varios conductos— que tenía amistad íntima con un cura...; que de él había tenido un niño que acompañaba al *papá* y al *padre*... En fin, horrores, que yo tomé por chismografía lugareña. Pues quiere usted creer, querido José Juan, que por fin me decidí a hacer la visita, y las veces que he estado allí me he encontrado al padre y al hijo, pero nunca al Espíritu Santo? Esos son los curas.

José Juan.—Dispense que le interrumpa. Mis ideas son conocidas de todo el pueblo; soy socialista hasta la medula de los huesos, y en materia de religión, hasta ahora, de la mía soy el Pontífice. (*Exaltándose por grados.*)

Casimiro.—¡Bravo, muy bien!

José Juan.— Oígame usted: pues como conocen mis ideas, también conocen mis sentimientos, siempre nobles y honrados. Como consecuencia de esta franqueza, que en este momento es demasiado ruda, declino la honra que usted quiere otorgarme con su representación, porque entre usted y yo media un abismo, y el representado debe ser modelo del representante.

Casimiro.—¿Qué me está usted diciendo?

José Juan (*descompuesto*).—Lo que usted oye. Yo no puedo re-

presentar a un bandido, y bandido de la peor ralea es quien, como usted, roba lo que más vale en el mundo.

Casimiro (*demudado*).—Yo, ¿cómo? ¿A quién?

José Juan (*amenazándole con los puños*).—Usted quiere robar a una mujer indefensa, huérfana, ángel del cielo más que criatura de la tierra, el tesoro de su honra, y eso (*con voz atronadora*) no lo conseguirá; me retiro. Haga usted de lo que ha pasado el uso que quiera. (*Sale.*)

Casimiro (*a solas*).—Pues, señor, llegó la hora de la venganza. ¡A mí... a mí que tengo en mis manos todos los resortes del poder, insultarme de esa manera un obrero miserable!... Y nada; Soledad y él se entienden o quieren entenderse... (*Reflexionando.*) ¡Pues vive Dios que no lo conseguirán!... El se quedará sin trabajo... Ella no cobrará su paga... (*Sigue reflexionando y de repente exclama sonriente*): ¡Magnífico pensamiento! La cárcel, la cárcel, su destino. (*Suenan pasos y entran Cándido y Pepe.*)

ESCENA XXIV

Casimiro.—Entran ustedes oportunísimamente; ya saben que tengo necesidad de irme a la corte, requerido por asuntos propios, y a la vez por algunos personajes, grandes amigos míos; deseo, como es natural, que no sea estéril la siembra que he derramado en este terreno, y espero, por el contrario, que ha de ser buena y fecunda; al efecto quiero utilizar aquellos hombres que me inspiren más confianza por su pericia y celo; he tanteado a José Juan (*que tal vez hayan visto salir*) por los informes que de él recibí, como uno de los pocos que había de poner al frente de esta empresa politico-socialista, y en verdad que he sufrido una amarga desilusión. Yo predico la revolución en el orden religioso y, como me habrán oído, la evolución en el politico. José Juan, al revés, lo veo muy transigente en el primer orden y casi anarquista en el segundo; por esta razón queda desechado. Es más, y esto queda entre nosotros; le hablé de

ustedes con el fin de que se asociaran en Junta directiva, y... en fin, no digo más, sino que en él no tienen ustedes un leal compañero, ni siquiera un regular amigo...

Cándido.—Dispense usted que le interrumpa. José Juan siempre ha sido la soberbia misma; nadie sabe más que él, ni nadie es capaz de hacer tanto como él; hasta como tipo está muy engreído, y esa será su perdición; nosotros éramos buenos amigos, pero de algún tiempo a esta parte hemos notado en él un cambio radical.

Pepe. —¿Quién es ella?

Casimiro.—¿Hay alguna ella por medio?

Cándido.—Ahí está la madre del cordero. Hay aquí una señorita, huérfana de un militar, por cierto muy guapa y, según la gente, muy buena, pero más beata que la cera. Esto se lo digo a usted reservado, porque él me lo ha contado todo. ¡Si hasta hace poco éramos muy amigos! Pues ello es, que él la sigue por todas partes, y hasta la espera en la misma iglesia. Soledad, que así se llama esa joven, se conoce que le cayó en gracia y... vamos... que se dejó querer y se escriben y se entienden; y ya tiene usted al antiguo socialista casi convertido en sacristán.

Casimiro.—Me lo explico todo perfectamente; pero es lo cierto que tiene talento y simpatía en el pueblo, y es menester que ese obstáculo desaparezca.

Pepe.—Lo mismo digo yo, porque teniendo a él de frente, que ha leído tanto y se expresa tan bien, no adelantaríamos nada.

Casimiro (*reflexionando*).—Bien, bien; a ver esto que se me ocurre; ustedes han de quedar de presidente y vicepresidente, y de ahí (*sonriente*) llegarán a otros puestos, que ya tengo aquí (*señalando a la cabeza*) previstos; los demás cargos me los proponen, y yo les escribiré con mi aceptación; pero creo, como ustedes, que es imprescindible la desaparición de José Juan, como estorbo para la realización de nuestro programa, que tanta prosperidad ha de dar a esta comarca; y... se me ocurre lo siguiente: antes de marcharme los citaré a todos para despedirme en

una noche; sólo que ustedes, en lugar a propósito para cuando yo exclame: «El día de la regeneración social se vislumbra.» Fijaos bien en lo que os digo, cortáis la corriente, y ya a obscuras gritáis desaforadamente: «¡Abajo el Gobierno! ¡Viva la anarquía!» Soltáis dos tiros al aire y como seguramente asistirá José Juan, a él se le imputan los hechos, y yo... me encargo de lo demás. ¿Habéis entendido?

Cándido.—¡Soberana idea!

Pepe.—¡Magnífico pensamiento!

Casimiro.—Bueno; pues a callar y a obrar; ya saben que pueden mandarme en Madrid cuanto gusten. (*Les da un apretón de manos y se retiran.*)

Casimiro (*con risa volteriana*).—¡No me retas, José Juan! ¡Me desarma Soledad! ¡Cómo visitarla yo después de lo sabido! Pero aún no pierdo la esperanza; si nada alcanzo en la despedida, sitiaré la plaza por hambre. (*Sale, y a poco tiempo entran José Juan y Salomón.*)

ESCENA XXV

SALOMÓN y JOSÉ JUAN (*muy pensativos*).

José Juan.—Ya lo sabe usted, temo que me despidan de la fábrica después de lo que me acaba de ocurrir.

Salomón (*indignado*).—¡Pero qué tiene que ver eso con la fábrica!

José Juan.—Pues tiene que ver; hoy el estado político no es una organización, es una máquina. Los pobres obreros somos considerados como ruedas, y los caciques son, si no los dueños, los mecánicos de todo el engranaje; estorba uno, pues fuera, y otro al puesto; por eso, créalo usted, la revolución social se impone, y, si como usted cree, hay Providencia, será su obra.

Salomón (*mirando arriba y abajo muy pensativo*).—¿De manera que todo eso te dijo Soledad? ¿Tú te has confiado a alguien, comunicándole tus sentimientos y demás con esa joven?

José Juan.—Sí, tan solamente a Cándido y a José.

Salomón (*sin titubear*).—Pues esos te han vendido, y hay que estar sobre aviso. (*Golpea con el palo que siempre lleva.*) Ya he dicho que ese Casimiro es pájaro de mal agüero; hoy te han dejado sin trabajo; quizá mañana la toque a Soledad.

José Juan (*con ímpetu*).—¿Quién, ni por qué le van a tocar a Soledad? Mire usted, yo todo lo soportaré, hasta el hambre, si es preciso; ¡pero a mi Soledad que no me la toquen! ¡Qué carta la de hoy! La beso como reliquia. ¡Que no la toquen, porque entonces sabrán quién es José Juan!

Salomón.—Mira, hijo: cuando el mar está más borrascoso, es cuando el marino necesita más calma; hay que estar prevenidos... He oído decir que está en vísperas para marcharse a Madrid, y que antes dará una conferencia de despedida, a la que hemos de asistir, siendo todo ojos y oídos, ¿entiendes?

José Juan.—Haré lo que usted quiera.

ESCENA XXVI

Casa de SOLEDAD.

Soledad (*leyendo con avidez una carta de José Juan y mirando su retrato*).—Si es cierto que la cara es el espejo del alma y el estilo es el hombre, esta cara revela un alma naturalmente sana, y este escrito un hombre de excelente disposición. (*Mirando al cuadro de la Virgen*). Tú, Madre mía, serás la Pastora que traerás al redil esta oveja descarriada.

Criada.—Señorita, este caballero desea verla. (*Entrega una tarjeta de Casimiro.*)

Soledad (*muy contrariada*).—¡Dios mío, qué hago! ¡Sería terrible si no lo recibo! Mira (*dice a la criada*), que pase, y tú a la vista, ¿oyes?

Criada.—Sí, señorita.

ESCENA XXVII

CASIMIRO, SOLEDAD y la CRIADA, apartada un poco.

Casimiro.—Señorita, vaya usted disponiendo de mi persona para cuanto guste, pues bien pronto me voy a la corte.

Soledad.—Gracias, y que lleve usted feliz viaje.

Casimiro.—No lo llevo tan feliz como yo esperaba. Me he encomendado a todos los santos para que me otorgaran una gracia especialísima y no me han servido.

Soledad.—Es que muchas veces no nos conviene lo que pedimos; pues yo lo encomendaré en mis oraciones; no se olvide tampoco en las suyas de esta huérfana.

Casimiro.—¿Y hasta cuándo va usted a ser nada más que huérfana? ¿Cómo vivir así una mujer de su gracia y de su talento? Permítame usted una pregunta que lleva el interés del recuerdo de nuestros difuntos padres que tanto se quisieron: ¿Cuánto cobra usted por su orfandad?

Soledad (*muy contrariada*).—Pues... no lo recuerdo bien.

Casimiro.—Veo que es usted demasiado modesta.

Soledad.—Lo que soy es, como hija de mi padre, demasiado clara en casos dados. (*Con entereza.*) Señor don Casimiro, le suplico que eche usted la conservación por otro derrotero, aunque mejor le agradecería que la cortase.

Casimiro.—Dispense usted si la he molestado. (*Muy turbado.*) Aquí la traía unos libros... como recuerdo...

Soledad (*con gran continente se levanta*).—Ni libros, ni conversación.

Casimiro (*furioso*).—A sus pies, señorita.

Soledad.—Beso su mano, caballero. (*Se va Casimiro y continúa Soledad.*) ¡Dios mío, qué me temo de este hombre! ¡Pero qué horrenda pesadilla me inquieta hace algún tiempo!

ESCENA XXVIII

Taberna.

Salomón (*solo y dando golpes con el bastón*).—¡Pero qué mal me huele esto! No hay quien me quite de la cabeza que se ha urdido una mala trama... En fin (*mirando al cielo*) ¡quién desconfía de la Providencia! (*Entran Pedro y Juan.*)

ESCENA XXIX

Pedro (*atolondrado*).—Le traemos una mala noticia; pero ¡qué caramba! hemos de estar por las verdes como por las maduras.

Salomón.—¿Qué pasa? (*Sobresaltado.*)

Pedro.—Ya sabe usted la chamusquina que se armó anoche en la conferencia de ese demonio de Casimiro. Pues bien; cada mochuelo buscó su olivo, juyendo de aquella trifulca, cuando esta mañana, tomando mi copita en la taberna, lo primero que me dijeron de sopetón, fué que José Juan estaba en la cárcel preso.

Salomón (*levantándose con ímpetu*).—¡Qué dije yo hace un momento! Y dime: ¿cuándo lo han preso?

Juan.—De madrugá.

Pedro.—A media noche, como a Nuestro Jesús Nazareno.

Salomón.—Pero ¿por qué? ¿Qué se dice por ahí?

Juan.—Pues que a él le echan los vivas y los tiros.

Salomón.—Id, id y traedme noticias, y dejadme solo... marchad... (*Se van diciendo los dos*): ¡Pobrecito, y qué golpe; pues lo quiere como a un hijo!

ESCENA XXX

Salomón (*sentado y mirando al cielo*).—¡Dios mío, y qué misteriosa es la vida! En la cárcel José Juan, y en la cárcel, de capellán, su hermano... sin conocerse... Sacerdote sabio y santo

éste; socialista honradísimo y de gran talento aquél. En la cárcel los dos y por distinto camino. La Providencia, sin duda, hará que allí se encuentren y... ¡quién sabe sus misteriosos designios. ¡Y Soledad! ¡Pobre Soledad, cuando se entere! Si lo decía yo. Ella *virgen y mártir*... y él confesor... Pero, ¡Dios mío para esto se hizo tu Gloria, y para éstos formaste tu Cielo.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La cárcel.

(*Aparece José Juan en su celda, hablando desconcertadamente.*)—¡Pero qué ignorante es mi buen anciano Salomón! ¡Providencia, Providencia! ¿dónde está? Ensalzando al déspota, al criminal y al desheredado de la fortuna, sin luz, sin pan, sin hogar, sin libertad y sin amor. ¡Soledad, Soledad! ¿dónde estás y cómo te encuentras? ¡También eres una infeliz! ¿Qué Dios es el tuyo que consiente estos casos y estas cosas? ¡Carlos Marx, Lasalle, Bakuni... salid de vuestras tumbas, que yo os recibiré de rodillas y en cruz como si fuerais verdaderos redentores de la humanidad! Vengan vuestros discípulos... y vamos todos a hacer volar a esta sociedad podrida, sin honor, sin vergüenza y sin justicia... (*Suenan pasos.*) ¿Quién viene?

El alcaide (*entra, y muy afable dice*): Vengo a invitaros para que asistáis a las pláticas que en estos días da a los presos el padre capellán como preparación para el cumplimiento pascual.

José Juan.—Si es acto voluntario, yo no voy, agradeciendo a usted mucho su invitación; si es obligatorio, ¿qué hacer?

Alcaide.—La Comunión es libre; el oir la plática es obligatorio.

José Juan.—Pues allá voy. (*Se van y entra Salomón acompañado de un dependiente en la celda.*)

ESCENA II

Salomón (*muy cabizbajo.*)—¿Dónde se halla este hombre?... ¡Bien venís mal, si venís solo! Si yo fuera de letras, escribiría una obra titulada «Los para... para...» ¡si lo diré! «Los paralelis-

mos». Siempre se presentan los grandes sucesos acompañados, y aun los medianos; matan a un rey o a un ministro, pues al poco tiempo, otro al agua; muere un Obispo, otro al hoyo; y lo mismo pasa con las demás criaturas. ¡Si no sabemos una palabra de nada! Preso José Juan, ella en el hospital, enferma de pena. ¡Esto si que clama a Dios! ¡Y qué *caridad* la del dueño de la casa! Por supuesto movido por el cacique. ¿Cómo le habrá sentado la noticia al pobre? ¡Tanto como la quiere! Pero, en fin, yo no desmayo nunca; Dios está arriba... Voy a ver si consigo verle. ¿Dónde estará? (*Sale y entra José Juan.*)

ESCENA III

José Juan.—Algo voy creyendo en la Providencia de que tanto habla Salomón; ello es, que sin las pláticas del padre capellán, yo me suicido; yo no puedo vivir sin mi Soledad y sin matar a aquel infame. ¡Pero qué borrasca tan horrorosa! ¡En el hospital, enferma del corazón, sin familia, sin casa... y, según me dice mi amigo Pedro, sin paga! (*Con los ojos encendidos y la mano levantada.*) ¡Y sin mí a su lado! Que yo la comunicaría mi aliento, la transfundiría mi sangre, mi vida, para conservar la suya. ¡Y qué carta la última! (*La recoge y lee buscando estos renglones.*) «Tras la tempestad vendrá la bonanza; distráigase con mis libros; he dicho mal, que son los suyos, como suyo será mi corazón con el favor de Dios; yo estoy muy bien cuidada por estos ángeles de la caridad, y en habitación distinguida, que me ha proporcionado el señor cura, que es un santo y un apóstol.» (*Besa de nuevo los renglones y dice emocionado*): ¡Resultan los papeles cambiados! En mí está la debilidad de una mujer, y en ella la fortaleza de un héroe. ¡Qué tranquilidad! ¡Qué templanza! ¡Qué resignación! Sobre todo, ¡qué magnanimidad de sentimientos! ¡Ni siquiera nombra a sus verdugos! Verdaderamente que en ese corazón hay unas fuerzas extrañas que al mío faltan. (*Entra el carcelero con Salomón.*)

ESCENA IV

Salomón.—¿Qué tal, hijo mío? Hace un rato que te busco y espero.

José Juan.—Lea usted esa carta. (*Se la entrega y sale el carcelero.*)

Salomón (*la lee con detenimiento y dice*):—Ciertamente que es una mujer de lo que no hay; aprende, aprende de ella.

José Juan.—Precisamente estaba diciendo eso mismo. Quiero que me haga usted un favor.

Salomón.—Y mil que estén a mi alcance.

José Juan.—Gracias, lo sé. Consiste en que visite a Soledad y la consuele como Dios le dé a entender; pero rogándole, de mi parte, que cese el usted en nuestras cartas y se sustituya por el tú, que suena más íntima y cariñosamente.

Salomón.—Descuida, que se lo diré y accederá. ¡Ya lo creo! Dime, ¿cómo te tratan aquí?

José Juan.—Con toda clase de consideraciones para lo poquísima que yo merezco. Voy a darle una noticia que seguramente le ha de halagar. El padre Capellán me resulta muy simpático, y además instruidísimo.

Salomón (*instintivamente dice*): —¡Santo Dios!

José Juan.—Veo que su semblante se ha conturbado.

Salomón.—Es muy natural... Como de improviso me das esa alegría... Pero ¿le has tratado?

José Juan.—No me he atrevido a tanto. ¡Ah! ¡Si yo pudiera conseguir pasar con él unos ratitos, qué bien me vendrían! (*Salomón saca el pañuelo y se limpia las lágrimas.*)

José Juan.—Noto hoy en usted algo muy extraño, porque la cosa no es para tanto... Se lo oigo decir. ¡La Providencia!, ¿verdad?

Salomón.—¡Y tanto como es la Providencia! ¡Bendita sea!

José Juan.—Dígame: ¿Sería fácil conseguir que viniera a visitarme el padre Capellán? Pero le advierto a usted que no me hable de confesiones, ni de milagros, ni de otras antiguallas;

para eso mejor está en su casa, y yo me resignaré con mi Soledad. (*Suspira.*)

Salomón.—Vendrá, descuida, y no te pesará; me voy a hacer tu encargo; ¿necesitas algo?

José Juan.—Gracias, usted siempre el mismo.

ESCENA V

En el hospital.—SOLEDAD, en cama, delirando, con fiebre alta, y a un lado una Hermana de la Caridad.

Soledad.—¡Por Dios, no me eche usted de casa..., que no tengo a nadie..., yo le pagaré...; pero tengo alhajas..., tómelas; no, no, son para empeñarlas y mandarle el dinero a mi José Juan! (*Se incorpora, mirando a la Hermana, con ojos desencajados, y la dice*): ¿Qué buscas, mala mujer?... Dile que pegue fuego a esos libros..., que no quiero oir su nombre..., vete, vete. Casi... miro...; no, no lo quiero mirar... ¡horror!

La Hermana.—Cálmese, Soledad; si soy yo; no tenga cuidado; tome esta cucharadita por el amor de Dios. (*Le da a beber.*)

Soledad (*comenzando a reaccionar*).—¡Por el amor de... Dios...; de Dios..., de dos..., el mío y el suyo! ¿Verdad, Hermana? Sí, sí, es la Hermana. (*Entra Salomón, y al apercibirse de lo que ocurre, llora como un niño. La enferma se vuelve del otro lado, sin percatarse de su presencia, y continúa murmurando en voz baja*).

Salomón (*muy quedo a la Hermana*).—¿Pero cuándo se ha puesto así?

La Hermana.—A media noche; contribuye mucho la debilidad, pues apenas si toma alimento.

Salomón.—¿Y qué dice el médico? (*La Hermana se encoge de hombros.*)

Soledad (*en voz alta y con palabras incoherentes*).—Si creerá..., ¿te agradan?..., no dejes de leerlos..., hace diez años que me los dió mi madre..., y la perdí..., pero a ti, no... (*Salomón escucha muy atento*), ¿y tu buen amigo Salomón? ¡Qué venerable es y cuánto

me agrada! (*Salomón saca el pañuelo y la Hermana también se enternece.*)

Salomón.—¿Qué se perdería con que me viese? Quizá mi presencia o la impresión..., ¡quién sabe!

La Hermana.—Soledad, Soledad, mire usted la visita que tiene aquí.

Soledad (*abre los ojos y se fija muy atentamente en Salomón*).—Yo a usted le conozco..., es usted... (*se ríe histéricamente*), vaya si le conozco, si le conozco (*cae desmayada; a los dos minutos se repone y toma una taza de caldo silenciosamente.*)

Salomón.—¿Con que me conoce?

Soledad (*fija en él su mirada más serena y dice*): —Usted, Salomón, por aquí... ¡qué desgracia! (*Quiere incorporarse y no puede.*) Dígale..., dígale..., no puedo...

La Hermana.—No será prudente hablarla; ¡está tan débil!

Salomón.—Tiene usted razón. Pues hasta mañana. (*Retírase apenadísimo.*)

ESCENA VI

La cárcel.

José Juan (*en su calabozo*). —¿Cómo no habré tenido hoy carta de Soledad? ¡Ah, tal vez me la traiga Salomón! (*Entra el Capellán y él se levanta.*)

Capellán.—Tengo verdadera complacencia en visitarle. Sé que es usted víctima de una trama infernal, así es que si fuera usted criminal le visitaría; con más razón, siendo inocente. Ofrézcale al Señor este trabajito, que el nublado pasará y reinará la verdad, que es luz.

José Juan.—Gracias, Padre, por su amabilidad; ¡pero es tan triste encontrarse uno así siendo inocente! Y aún más terrible, que mi desgracia repercuta en otro corazón... aún más inocente.

Capellán.—José Juan, tiene usted razón; todas estas cosas son eructos de esta sociedad que tiene corrompidas sus entrañas.

José Juan.—Exactamente. Eso mismo he dicho yo mil veces. Por eso... y perdóneme, Padre, si digo alguna majadería, yo tengo la íntima convicción de que esta sociedad sucumbirá, porque lo podrido es señal de muerte.

Capellán.—Opino lo mismo. Yo creo y predico que el socialismo le dará el golpe de gracia. Ese será el Atila enviado por Dios para exterminar este mundo que ya se bambolea, borracho, con sus torpes concupiscencias y sus brutales pasiones.

José Juan.—Padre, tanto creo yo esto que... vamos, no se escandalice usted. Por supuesto, que ya lo sabrá. Yo soy socialista, pero de la escuela crítica de Bernstein, buscando la evolución y huyendo de la revolución.

Capellán.—Yo no me asusto de eso. (*Sonriendo y poniendole la mano en el hombro.*) Yo soy aún más avanzado que usted; y al decir yo, digo el clero, digo la Iglesia. Ya hablaremos, y con mucho gusto por mi parte, sobre esta materia, más detenidamente. (*Entra el celador, y dirigiéndose al Capellán le dice*):

Celador.—Padre capellán, ahora mismo preguntaban por usted.

Capellán (*dando efusivamente la mano a José Juan*).—Conque ya lo sabe. Como es mi deber y es mi voluntad, aquí me tiene para cuanto se le ofrezca, como Padre, como hermano y como amigo.

José Juan.—Adiós, Padre, y mil gracias. (*Reflexivo.*) La verdad es que somos muy ligeros al apreciar las personas y aun las clases, sin tratarlas a fondo. ¡Hay tanto engaño en este mundo! Hoy mismo, la multitud proletaria estará entusiasmada hasta el delirio creyendo que Casimiro es el tipo del caballero, del altruísta, del redentor; y que un cura es su antítesis, un fantasma, un ignorante, un hipócrita, y vamos a la realidad. El cura me consuela, me ilustra y tal vez me redima, y el oráculo de la turba denigra la virtud, pisotea el pudor y mata la inocencia. (*Levantándose.*) ¡Ah, infame, si yo te cogiera en mis manos!... Allí viene el bonísimo de Salomón.

ESCENA VII

JOSÉ JUAN y SALOMÓN

José Juan.—¿Cómo está Soledad? ¿Aceptó mi petición?

Salomón (*mirando al Cielo y en voz baja*).—¿Qué digo a esta criatura? (*En voz alta*). No la he podido hablar a mis anchas... Tenía visita... No era ocasión...

José Juan.—Mi corazón no me engaña. Leo en su semblante y en sus palabras que algo grave pasa... No me oculte nada. Por su padre, por su madre, por su Providencia, dígamelo todo, que la incertidumbre es lo peor para el alma: ¿qué hay?

Salomón.—Cálmate, muchacho, cálmate; pues te lo diré para que llores de alegría, que hay momentos en la vida en que la cabeza llora y el corazón ríe.

José Juan.—¿Y cómo es eso?

Salomón.—Pues, mira y óyeme con sosiego: La pobre sufre por ella y sufre por ti; es de corazón delicado, y esos dos torrentes de pena no caben en él, y se desbordaron y llegaron a la cabeza. ¿entiendes?

José Juan.—Déjese usted de metáforas; hablemos claro.

Salomón.—¡Más claro! Escucha, muchacho, y sujeta los nervios, pues resulta que la infeliz está... buena; pero con mucha debilidad en la cabeza... y una poquilla de fiebre, que es lo que da pena; pero prueba lo mucho que te quiere por lo que piensa en ti, y eso debe darte alegría; pero todo eso pasará. ¡Ya lo creo! ¡Si fuera yo! Pero esa edad todo lo vence. Ya volverá a ponerse buena y todo se andará, hombre, todo se andará.

José Juan.—¡Y venga ahora un golpecito de Providencia! (*Se pone a sudar y a limpiarse la frente con el pañuelo.*) ¡Ah, no; yo tengo que hacer una sonada!

Salomón.—Una sonaja, hombre; hasta yo, á pesar de mis años, me he de disponer a bailar. Haz bien y no cates a quien, y quien mal anda mal acaba. Vamos a otra cosa: ¿has visto al Capellán?

José Juan.—Sí, señor; yo si que me voy a poner rematadamente loco. Siento en mi cerebro tal choque de ideas, tan diversas entre sí... Ya pienso en el fatalismo o fuerza oculta que todo lo dirige o invade; otras veces me dan ganas de creer que, como usted dice cien veces al día, hay algo misterioso y sobrenatural, que todo lo gobierna sapientísimamente; y motivos para esto último me los da el conocimiento o la entrevista con el padre Capellán. ¡Qué simpático! ¡Qué listo!, y ¡qué bueno me resulta! (*Salomón saca el pañuelo.*) Ya está usted con el lagrimeo. Ha quedado en venir de nuevo, y en verdad que tengo hambre de su presencia y su conversación; no se vaya usted, que no ha de tardar ya seguramente; pasará un rato delicioso. (*Suenan pasos y entra.*)

ESCENA VIII

CAPELLÁN, JOSÉ JUAN y SALOMÓN. Estos últimos se levantan, y

José Juan.— Tengo el gusto de presentarle a mi mejor amigo Salomón.

Capellán.—Ya de oídas conozco mucho a este señor, y aun de vista, aun cuando no tenga el honor de tratarlo, y... (*medio suspirando.*) Le conozco por circunstancias profundamente misteriosas de la vida... Sí, señor. (*Salomón conmovido.*)

Salomón.—Pues aquí me tiene usted para lo que me guste mandar.

Capellán.—Gracias (*dirigiéndose a José Juan*), ¿y cómo le va? ¿Necesita alguna cosa?

José Juan.—Me va mal sin usted; lo cual prueba que necesito de su persona y de su deleitable conversación.

Capellán (*poniéndole la mano en el hombro y dirigiéndose a Salomón*).—Aquí lo tiene usted; el otro día lo dejé boquiabierto al decirle que yo era más progresista que él. (*Salomón sonríe.*)

José Juan.—Mire usted, la verdad es que me extrañó en usted esa expresión.

Capellán (*sonriente y arrimando la silla*).—Pues vamos a demostrarlo; usted dice que es socialista, vamos por puntos. ¿Qué quiere usted para el obrero?

José Juan.—Quiero que no sea rueda de la máquina social, sino que sea parte de un organismo viviente y que se desenvuelva con libertad completa.

Capellán.—Pues yo, o como decía el otro día, la Iglesia siempre lo ha querido así; pues ella lo emancipó de la esclavitud, de la servidumbre, de la gleba, y en la escala de la ciudadanía lo elevó, como a Sixto Quinto, al Pontificado, ¿quiere usted más? (*Salomón asombrado.*)

José Juan.—Bien; pero en el estado actual queremos los socialistas que el salario sea lo suficiente para la subsistencia del obrero y de su familia.

Capellán.—Pues la Iglesia, inspirada en León Trece, quiere más matar la especulación, el monopolio, la cruel usura, y llevar al obrero hasta la participación proporcional del capital, que él produce con su talento y su trabajo.

José Juan.—¿Eso defiende usted?

Capellán.—Eso y más; pero ocurre lo que decía Tertuliano en su tiempo a los incrédulos: «Estudiad nuestra doctrina y creeréis», pues nosotros os decimos: «Estudiad nuestros dogmas nuestra doctrina, nuestro programa y creeréis.»

José Juan.—Queremos también agruparnos, y que de nuestra clase vayan representantes a defender todos nuestros intereses.

Capellán.—Precisamente ese es nuestro afán de hoy. Resucitar la conciencia popular, y volver a la reconstitución de las clases corporativas, según las exigencias de la época, recordando cómo las formara el espíritu católico en la Edad Media, heridas por el protestantismo y acabadas de matar por la Revolución francesa. Eso queremos. El establecimiento de la Unión profesional, y que, como usted dice muy bien, cada clase exija su representante, para que de ese modo defienda sus legítimos intereses en todos los órdenes de la vida social. Eso queremos. Dar muerte a ese asqueroso caciquismo, oprobio de las

Naciones y que envilece a los pueblos. ¿Qué más, querido José Juan?

José Juan.—Queremos la reglamentación del trabajo, y que ésta se amolde a los distintos sexos, y acabar con esos Cornells y Trusts que nos agobian con sus tiránicas disposiciones, tratándonos peor que a esclavos.

Capellán.—Eso y más quiere la Iglesia. Por lo mismo recomienda la formación de Sindicatos de obreros y de comisiones mixtas, que sirvan de lazo de unión entre patronos y trabajadores; a fin de evitar, por medio de los contratos del trabajo, esos abusos y esas tiranías; y queremos que la fábrica sea casa industrial informada por el espíritu cristiano, y no cuadra en donde se alberguen hombres, mujeres y niños amontonados como si fueran bestias...

José Juan (*entusiasmado*).—Eso, no.

Capellán.—Y queremos que la mujer sea considerada en el concepto que merece de todo cristiano y de todo caballero, y el niño, mirado con todo el respeto y cariño de que es acreedor un inocente o un ser débil; y queremos que el patrono vea en su operario a un hermano y no a un esclavo, y en su trabajo, un valor humano, no una mercancía.

José Juan.—Soberbio, Padre, soberbio. (*Entra el celador con Pedro.*)

Celador.—Aquí tiene usted a este amigo, que cien veces al día me pregunta por usted. (*Se abrazan José Juan y Pedro y sale el celador.*)

José Juan.—Padre, le ruego que continúe, que este compañero también le escuchará con mucho gusto. (*Se sienta Pedro.*)

Capellán.—Es necesario repetirlo. La cuestión social o el problema, o como se le quiera llamar, solamente, fijarse bien, lo resolverá la Iglesia, pero es necesario que se la atienda, que se la trate. Ya ven ustedes como lo mismo en Europa que en América, interviene poderosamente el clero en el mejoramiento de la clase proletaria. Ya recordarán cómo un Cardenal, Manning, en los docks de Londres, con cariñosa admiración de to-

dos sofocó una huelga que tenía paralizado el movimiento del mayor puerto del mundo. Pero, ¿qué más? ¿Qué sucedió en Viena, cuando tuvo lugar el Congreso de todas las sociedades suizas de obreros? Pues ya lo recordarán ustedes. Que en cuanto oyeron al gran leader católico Gaspar de Curtius, explicar la Encíclica del Papa o del Padre de los obreros, León Trece, aquellos hombres, en el delirio del entusiasmo, aclamaron con frenesí al Pontífice y al orador. (*Sonriente.*) ¿Qué me dice, José Juan?

José Juan.—Nada, Padre... siento, voy sintiendo, lo que constantemente tiene en sus labios mi buen amigo Salomón; vamos... que tal vez la Providencia haga que esta prisión me libre de peores cadenas... ya no me atrevo a decirle nada, porque eso del igualitarismo social...

Capellán.—Eso es un solemne desatino, y... ahora sí que se van a asombrar ustedes, y no es que la Iglesia se ausente de ese igualitarismo, no; porque nuestro supremo ideal es el comunismo.

José Juan (*asombrado como todos los demás*).—¿El comunismo?

Capellán.—Sí, el comunismo; no se asombren y estudien bien mis palabras. (*Todos arriman sus sillas.*) ¿Cuál es la tendencia de nuestra predicación, y cuál la finalidad de nuestras obras? Pues ni más ni menos que llevar las almas al cielo. ¿Y qué vida será la de aquellos bienaventurados, sino una vida comunal? Allí Dios es para todos, y todos para cada uno, y cada uno para los demás y para Dios; ¿y no es esto comunismo? Por lo mismo, las personas que se asocian viviendo de las perfecciones divinas, amantes de la pobreza, del sacrificio y de las buenas obras, viven en pleno comunismo, si bien con la imperfección que en toda clase, en todo tiempo, en todo orden y en todo lugar llevará consigo toda institución humana; porque el perfecto comunismo sólo puede existir entre los ángeles o entre las bestias; y el hombre, en este planeta, ni es bestia, ni es ángel; por eso decía que ese igualitarismo social que se predica a las masas explotando su docilidad y su ignorancia, es un soberano absurdo.

Fíjense en esta comparación que os voy a hacer, a no ser que os cansen mis palabras.

Todos.—¡Qué cansar, ni cansar! ¡Si nos saben a poco!

Capellán.—Pues bien; ya conocen ustedes esa fantástica teoría, llamada del organismo social, según la cual la sociedad evoluciona como un organismo viviente; doctrina hegeliana y positivista de Compte, que ha perturbado tantos cerebros, sobre todo en Francia y en Alemania; lo que sí es cierto que en nuestro propio organismo personal encontramos perfecta analogía con las diferentes clases que constituyen la sociedad: tenemos estómago, corazón y cerebro; esto es, clase baja o proletaria, clase media y clase aristocrática; oficio de los intestinos es el trabajar, a fin de que el resultado de su elaboración forme el quimo y el quilo, indispensable para el desarrollo del organismo humano; oficio del corazón es llevar por sus arterias la circulación de la sangre, que conduce a todas las partes el calor y la vida; oficio del cerebro es la inervación que imprime fuerzas y movimiento a todo nuestro ser: ahora bien; esas tres clases o centros obran con verdadera autonomía e independencia entre sí; pero todos están unidos por un espíritu armónico, que es lo que da vigor y lozanía al organismo. Si las clases altas obran con despotismo e indiferencia, se expondrán al enojo o cólera de los intestinos, que una vez declarados en huelga, llevarán la perdición al resto de esta sociedad (*señalando al cuerpo*); pero tengan en cuenta los promovedores de esa huelga que esa venganza sería suicida; porque paralizado también el corazón e inerte del mismo modo el cerebro, la muerte llegaría al estómago, falto de la vida circulatoria y del movimiento nervioso, indispensable para sus connaturales tareas. Haya, pues, unión, armonía, dependencia natural entre estos tres centros; haya unión, armonía, dependencia nacional entre el trabajo, el capital y el talento, y habrá paz y salud social en los pueblos, libres del alcance de sus funestas revoluciones. Creo que todos me habréis entendido.

José Juan.—¡Y yo con mi espíritu encantado! ¡Qué luminosa

teoría! ¿Y cree usted que esas clases guardarán ese armonioso equilibrio, y que impedirán la revolución social?

Capellán (*pensativo*).—Creo que la revolución social es inevitable.

José Juan.—¿Y qué sucederá?

Capellán.—Que será muy poco estable; que para el cielo se ha hecho la luz, pero no el reinado de las tormentas. Sucederá, que la sociedad quedará convertida en un montón de escombros; pero entre esas ruinas se verá inquebrantable la columna de la Iglesia, y sobre lo alto la cruz, y bajo sus alas, unidos con fraternal abrazo, el rico y el pobre, y por entre aquellos escombros pasará el sacerdote recogiendo y eligiendo materiales viejos, para con ellos construir edificios nuevos, imprimiendo así, en ese nuevo mundo, su espíritu de conservación y de progreso; y basta ya, mi buen amigo José Juan (*le pone la mano sobre el hombro*), de más charlas; ya lo sabe. La Iglesia está siempre, como la virtud, en un buen medio; no quiere ese individualismo que disuelve la sociedad, ni menos ese positivismo colectivista que tiraniza al pueblo y deifica al Estado, que sería un dios sin entrañas; queremos que el trabajador pueda ser propietario, ciudadano con todos los derechos y deberes propios de toda persona jurídica... esposo, que goce honrada y modestamente de las delicias del hogar, y que en la escala del poder político y civil pueda llegar hasta lo más alto... pero (*dirigiéndose a Salomón*), ¿qué dice a todo esto nuestro venerable Salomón?

Salomón.—¡Ay, Padre!, yo he estado leyendo por dentro todo lo que por fuera iba diciendo con tan hermosas palabras. ¡Cuántas veces con mi manera de hablar, como de un viejo e ignorante, les he dicho a toda esta gente: «¡Muchachos, tened calma; pensadlo bien; no os engriáis tanto con esas predicaciones, ni con esas lecturas, ni con esas maquinarias o modernas invenciones!» Yo, lo que veo, Padre, es que desde que se habla más, se discurre menos; que desde que se publica tanto papel, todos son *papeles;* que desde que hay menos Iglesias, se levan-

tan más presidios; que desde que hay tantas máquinas, está descompuesta la máquina del mundo... y no es que yo deje de dar gracias a la Divina Providencia por tantas maravillas como hace el talento del hombre; pero, como mil veces le he dicho a José Juan: «Mira bien todas esas chimeneas, que abundan en las ciudades industriales, ¿y qué? ¿Qué ves sobre ellas y bajo de ellas? Pues mucho ruido y mucho humo; pues así anda el mundo, con mucho ruido y medio a obscuras; y es porque no quieren fijarse que más alto que esas chimeneas está la cruz, y por debajo la Iglesia, dándonos su pan y sus luces (*conmovido*) como madre cariñosa.

Capellán (*abrazando a Salomón*).—Bien, bien, Salomón; bueno, pues ahora es preciso sacar a este hombre de este aislamiento. (*Mirando a José Juan.*) ¡Debe ser tan triste la *Soledad!*

José Juan (*levantándose al oir este nombre*).— ¡Ay, Padre!... ¡Y qué triste, y más cuando se sufre víctima de la infamia! ¡Y más cuando se sufre... y se hace sufrir!... En fin, Padre, por altos juicios de Dios, mi cabeza está en las manos de usted; quiero decir, que sus palabras, y sobre todo, sus sentimientos, me han conquistado; yo quiero ahora entregarle mi corazón, y si pudiera ser, sin perder tiempo... ¡Ay, Padre (*con voz muy elevada y lastimera*), que a pesar de ser muy triste la *Soledad,* yo la amo con delirio! ¡Yo no puedo vivir sin ella!...

Capellán.—¿Qué le pasa a esta criatura? No perdamos la ocasión (*esto lo dice aparte, y luego, dirigiéndose a José Juan en voz alta, dice*): ¿Conque, vamos, desea tener conmigo un ratito a solas? Pues véngase conmigo, y dejemos aquí a estos buenos amigos.

José Juan.—Sí, Padre; Salomón, le ruego que haga la visita que usted sabe y me traiga noticias.

Salomón.—Vive sin cuidado.

Capellán.—Vámonos, y hasta luego. (*Se retiran José Juan y el Capellán.*)

ESCENA IX

Salomón.—¿Qué te parece cuanto has visto y oído? (*Llaman y entra el celador acompañando a Juan.*)

Pedro.—Le confieso a usted... (*dirigiéndose a Juan*) y, chico, te aseguro que no he oído cosas más magníficas en todos los días de mi vida; vamos, que yo me he quedado como encantado.

Juan.—Pero, ¿qué es ello?

Pedro.—Pues un padre de almas que vale él solo más que cien Casimiros.

Juan.—Hombre, a propósito de Casimiro. ¿No saben ustedes lo que ocurre?

Pedro.—¿Qué?

Juan.—Pues ya se ha corrido la noticia por toda la ciudad. Que iba en un automóvil, acompañado de sus satélites, Cándido y Pepe, recorriendo algunos pueblos del distrito, y se ha volcado el automóvil, rompiéndose él una pierna y varias costillas, y los otros con la cabeza medio destrozada.

Salomón (*exclama mirando al Cielo*). Bien sabe Dios que no le deseo nada malo; pero... ¡hay Providencia!

Pedro.—¡Caramba! Pues tiene usted razón, que el que mal anda, mal acaba; pues como te iba diciendo, Juan, ¡qué hombre el Padre! Yo no puedo explicar nada de lo mucho que ha dicho, porque no tengo buena memoria; pero lo que es el ejemplo de las clases sociales no se me olvidará en mi vida.

Juan.—¿Qué ejemplo es ese?

Salomón.—Mientras se lo refieres voy yo a una diligencia. (*Se va.*)

Pedro.—Pues, verás: decía el Padre —en otras palabras, por supuesto— que la clase rica era la cabeza; el comercio, la industria, esto es, la clase media, el corazón; y nosotros, ¿entiendes?, es decir, los trabajadores, éramos la barriga. Que tós los tres sitios se respeten, y de esta manera no se descompondrá nues-

tra máquina, es decir, nuestro cuerpo, ¿entiendes? Porque si la cabeza o el corazón tratan mal al estómago, entonces las tripas se alteran, y... y...

Juan.—Vamos... y viene un cólico que descompone al corazón y a la cabeza ¿no es eso?

Pedro.—Sí, una cosa así es. Y que si se trata mal al corazón, entonces...

Juan.—Viene la tiricia ¿no es eso?

Pedro.—Justamente, eso mismo. Y que si se molestaba la cabeza, entonces...

Juan.—Vendría la chifladura. ¿A que es eso?

Pedro.—Cabalmente, con otras palabras. Y que, en resumidas cuentas, habiendo armonía en esas tres clases, hay salud en tó el cuerpo. Que es como si dijéramos que habiendo paz entre los pobres, los ricos y la clase media, la sociedad prosperará y estará libre de huelgas, jaleos y revoluciones. ¿Has oído cosa más magnífica?

Juan.—En sus labios, ¡vamos, Perico, sería otra cosa, porque en los tuyos!...

Pedro.—No te burles, guasón. Lo cierto es, chico, que hemos pasado un rato de primera, y a Salomón se le caía la baba de gusto. ¿Y por qué no dará este hombre conferencias para que tó el mundo le oyera? Por supuesto, ahí están las iglesias para que lo puedan oir.

Juan.—¡Las iglesias! Ya pasó esa época. Predican los curas en los desiertos. Las verás, si es que entras alguna vez, siempre vacías.

Pedro.—Pues, chico, ¿no dicen los obispos y los curas que somos sus ovejas? Pues si andamos extraviadas, que nos busquen... Oye: lo que me llamó mucho la atención es lo serio que se puso para asegurar que la revolución social se acerca; así así, lo aseguró; pero que una columna de soldados saldría de entre los escombros, y con la espada y la Cruz harían un nuevo mundo. Que el Papa había escrito una enciclopedia en Suiza que entusiasmó a los obreros y se leyó en el Congreso... Y en

verdad, te confieso que esto no lo comprendí bien. Oye, ¿y qué sabes de Soledad?

Juan.—Pues que la pobre está loca perdida, y José Juan sin saberlo; que yo me temo que en cuanto se entere se pone más rematado que ella. Ese Casimiro no paga, no digo quedándose sin piernas, sino ni aun picao pá longaniza.

Pedro.—Eso no es hombre, es una fiera; peor, porque las fieras no son hipócritas, y si matan, dejan quieta la honra... Ahí viene el Padre capellán.

ESCENA X

Se levantan al entrar el PADRE

Pedro.—Padre, este es un buen amigo de José Juan y mío.

Juan.—Para servir a usted.

Capellán (*sonriente*).—¿Conque es un buen amigo? Y supongo que será también amigo bueno, ¿eh?, porque, en verdad, hijos míos, amigos buenos ¡hay tan pocos en el mundo! Hoy, por lo general, la amistad es hija del cálculo, y por lo mismo, bastarda, porque no nace del corazón.

Juan.—Muy verdad que es, Padre.

Capellán.—De modo que sois como José Juan, obreros; pues voy a daros una buena noticia... pero se acerca Salomón y necesito hablar a solas; ya os la comunicaré. (*Les da la mano y entra; Salomón, se van Pedro y Juan.*)

ESCENA XI

Capellán (*muy pensativo*).—Lo sé todo, mi buen amigo, todo cuanto se refiere a José Juan y a Soledad; José Juan está en la sala de visitas entendiéndose con don Pascual Romero, excelente persona, a quien también, seguramente, conocerá usted, a fin de que se ponga al frente de su fábrica; dentro de muy po-

cos días estará en libertad, según me ha prometido la señora del Juez; todo marcha muy bien, gracias a Dios; ahora entérème usted del estado de Soledad. (*Salomón saca el pañuelo.*)

Salomón (*muy conmovido y limpiándose las lágrimas*).—De manera que el pobre muchacho, pronto libre y dirigiendo la fábrica de don Pascual. ¡Oh Divina Providencia! (*Pausa.*) Pues, Soledad, mal, Padre; muy mal de la cabeza, y ahora siempre está con la manía de venir a la cárcel para ver a José Juan. ¡Y que no hay quien se lo quite de la mollera!...

Capellán (*muy pensativo*).—Estoy pensando en llamar al médico del hospital, muy amigo mío, y... dicho y hecho; vuelvo en seguida. (*Sale.*)

Salomón (*solo*).—¡Dios mío!, el loco debiera ser yo, si vos no tuvierais alumbradas las pobres luces de mi inteligencia! ¡Cuidado con la trama que se está aquí urdiendo! José Juan ya no es incrédulo, sino creyente; no es un pobre trabajador de los del montón, sino el principal que encauzará a muchos por su mismo derrotero; la cárcel le ha dado la libertad, le ha hecho feliz y, sobre todo, ¡Dios mío! (*levantándose*) al ángel que le salva, le llama él padre, ignorando los dos que son hermanos; ¿y cuándo lo han de saber? Yo... ni me ocupo de ello; la Providencia lo hará todo. (*Entra el Capellán.*)

Capellán.—No tardará en venir, pues, precisamente, estaba ahí al lado. ¡Pobrecilla Soledad! Yo espero en que ha de recobrar la razón. (*Entra el medico.*)

ESCENA XII

CAPELLÁN, MÉDICO y SALOMÓN

Capellán.—¿Conoce usted a este señor? (*Señalando a Salomón.*)

Doctor.—¿Quién no conoce al hombre honrado y celebérrimo Salomón?

Salomón (*moviéndose muy reconocido*).—Gracias. Tenemos lo que nos quieren dar.

Capellán.—Pues bien; podemos hablar en confianza. ¿Cuál es el estado de Soledad? Porque le supongo enterado de todo. Vamos a sentarnos. (*Se sientan.*)

Doctor (*con pausa y gravedad*).—La pobre chica no se halla en situación desesperada, ni mucho menos; no hay en ella el temor de la transmisión hereditaria, por los antecedentes que he tomado, ni tampoco ha sido su estado consecuencia de una predisposición que lentamente ha producido la demencia. Yo creo que ello es fenómeno morfológico muy interno que ha exaltado su fantasía, efecto de frecuentes contenciones espirituales, favorecidas por su delicadeza de sentimientos y encontrarse habitualmente aislada; creo, repito, que esto pasará. (*Pensativo.*) ¿El remedio? Hay que pensarlo...

Salomón.—Permítame, usted, Doctor, que yo tome vela en este bautismo, que no quiero decir entierro.

Doctor.—Hable, hable, mi buen amigo, puesto que ya sabe usted que siempre se le oye con mucho gusto.

Salomón.—Digo yo que un terremoto saca un río de madre y otro terremoto lo vuelve a su ser. Vamos al caso. Soledad está así por la impresión que recibiera al saber que José Juan estaba en la cárcel; pues Soledad, créanme ustedes, se pone buena viendo a José Juan ya hecho otro hombre en la cárcel, es decir, viniendo ella aquí.

Doctor.—No va usted mal, no; pero más fácil fuera, por no quebrantar reglamentos ni pedir favores, que José Juan fuera al hospital.

Capellán.—Eso no; nadie se ocuparía de ello. Yo me entendería con quien debiera para que esté la cárcel o este sitio a nuestra disposición.

Salomón (*exaltado*).—Este sitio, señores, este sitio; que la Providencia tiene que sacar de este lugar tan malo... mucho bueno. (*Acongojado.*)

Capellán.—De la cárcel, Cervantes, Fray Luis de León y otros muchos sacaron cosas muy buenas.

Doctor.—No hallo inconveniente. Yo me encargaré con la Her-

mana Rosa, que es habilísima, de ir preparando su espíritu; la traemos aquí en un coche cerrado, se ven... y Dios dirá. De todo estará enterado José Juan, ¿verdad?

Capellán.—No sabe una palabra, pero yo me encargo de él; ahora mismo voy a llamarle, mientras ustedes salen para el hospital a preparar el terreno. (*Se acerca a la puerta y dice al celador*): Ve y dile a José Juan, que está en la sala de descanso, que en cuanto termine venga, pues le espero.

Salomón.—Pues no perdamos tiempo, Doctor, que los minutos se me hacen siglos. Dicen los ingleses que el tiempo es oro, y yo digo que en ocasiones es gloria, pues bien aprovechado, se puede hasta el cielo ganar... Suenan pasos; ya es José Juan. (*Se van Salomón y el Doctor y entra José Juan.*)

ESCENA XIII

Capellán.—¿Se arregló todo?

José Juan.—Sí, Padre. Esa fábrica está amoldada a la de León Harmel; con muchas de esta clase, cada una sería una gran casa de familia, en donde, al mismo tiempo que todos se ayudaran y amasen, se fomenta el progreso industrial.

Capellán.—Muy bien, vamos a otro asunto; y le advierto de antemano que sujete sus nervios y refrene la imaginación; acaba de tener una satisfacción; ahora le espera un pesar, y es, hijo mío, que la alegría y la pena se disputan el imperio de los corazones; ello es, que por cada triunfo del placer, lleva diez victorias el dolor; con él venimos, y con él nos despedimos del mundo...

José Juan.—¿Qué pasa, Padre? ¿Se ha muerto Soledad? (*Muy conmovido.*)

Capellán.—No, hombre, no. (*Sonriente y tocándole en el hombro.*) Ya ves que vendrá a visitarte.

José Juan.—¿A visitarme? ¿Cómo puede ser eso?

Capellán.—Pues, mire, recursos de Salomón, amparados por el

médico del hospital: la pobrecilla, en su delirio, que es intermitente, no deja de nombrarte... y a la cárcel. (*José Juan llora como un niño.*) Sosiéguese, hombre; y se cree muy probable, que con la impresión de este lugar, de su presencia... esa imaginación se encauce. (*Suenan pasos y entra Pedro muy precipitado.*)

Pedro.—Ahí están ya.

Capellán (*á José Juan*).—Valor y serenidad.

ESCENA XIV

Entran SOLEDAD, el DOCTOR, SALOMÓN y la HERMANA DE LA CARIDAD. SOLEDAD con la mirada vaga, y semblante demacrado, y JOSÉ JUAN la contempla con mirada inefable.

Soledad (*al ver a José Juan, se fija insistentemente y se le acerca con mucha lentitud... pero se vuelve, llevándose las manos a la cabeza, diciendo*): No, no puede ser... yo sueño... yo deliro... (*mira en su derredor*), la cárcel, las catacumbas... yo... *virgen y mártir...* él *confesor. (Salomón y José Juan se miran muy conmovidos).* Este es el sacerdote que me llevará al patíbulo... pero a José Juan no, ¿verdad? (*dirigiéndose al Capellán*) a él no, que su corazón es inocente y bueno. (*José Juan no puede disimular el llanto.*)

Capellán.—No, Soledad; ni usted, ni José Juan irán al patíbulo. ¡Ca! ¡Buena diferencia va! Yo los llevaré al altar.

Soledad (*vuelve a mirar a José Juan y se le acerca muy despacio*).—Pero ¿por qué llora ese hombre? ¡Y cómo se le parece! (*clava la vista en él, y se restrega los ojos para mirarle de nuevo.*) ¡Dios mío! (*va como a abrazarle y se retira diciendo*): No, no; dime como el Señor a la Magdalena «No me toques...» (*Se fija en Salomón.*) ¿Usted es Salomón? ¿Y por qué le llaman así? Salomón fué un sabio... Las parábolas... los proverbios... verbios... verbo... preposición, adverbio... gramática castellana. ¡Pobre maestra y qué joven murió! (*Se fija en Sor Rosa.*) Sor Rosa... Sor-ro... zorro, es un animal y rosa es una flor... Bueno... las espinas

para mí .. el aroma para José Juan; el cáliz de amargura, para mi... el cáliz de usted, Padre (*al Capellán*), cuando tenga la sangre de Cristo, para él... Sí, para él, que es muy bueno...

José Juan *(da una pisada fuerte, exaltado, y con las manos en alto exclama)*: ¡Ah, si yo pillara a ese hombre entre mis manos!

Capellán.—Calma, hombre, calma.

José Juan.—Padre, no puedo más; reventaría si no me desahogara.

Soledad *(mirándole con la mano levantada).*—Esa es su voz... pero no grites... perdona... llora... o calla...

José Juan *(se echa sobre Salomón y llora).*

Soledad *(cruza los brazos y derrama sus ojos sobre el lugar y los posa sobre José Juan, y después de contemplarlo, cae sobre los brazos de Sor Rosa, diciendo)*: ¡Ay, Dios mío, yo también lloro!

Doctor *(Mirando al Capellán y a los demás).*—Se ha salvado. *(A la Hermana).* Déjela aquí recostada sobre la almohada, y tráigala una taza de caldo, con una copa de Jerez; Salomón, llévese a José Juan, hasta que le avise; aquí nos quedaremos los demás. *(Se van muy conmovidos.)*

Soledad *(no deja de suspirar procurando incorporarse).*

Doctor.—No tema usted, Soledad, que está aquí muy bien acompañada. ¡Como que tiene a su lado a una hermana y a un padre!

Soledad *(se incorpora con fatiga, los mira y a la habitación y dice):* ¿Dónde estoy? ¿Esto es un sueño o una realidad?

Capellán.—Es realidad, que parece sueño; procure usted ahora rehacerse, y tenga mucha confianza en Dios; todo, todo vendrá bien. *(Entra la Hermana de la Caridad con el caldo).*

Doctor.—Hay que recobrar las fuerzas del cuerpo.

Capellán.—Y las del espíritu; tome eso (*sonriente*), que tiene espíritu y cuerpo.

Soledad *(dibuja una sonrisa y comienza a beber).*—Me voy haciendo cargo de todo... dígame, por Dios, la verdad. ¿He dicho o hecho alguna inconveniencia? ¡Ay, qué vergüenza! *(Cubriéndose el rostro.)*

Capellán.—Esté usted tranquila, que le confieso, a fuer de sacerdote, que no ha podido estar más comedida.

Doctor (*al Capellán en voz baja*).—Háblele de José Juan.

Capellán.—Pero es necesario llamar a José Juan; pues el pobre estará sufriendo sin saber, seguramente, cómo se halla usted. (*Soledad expresa con sus ojos el deseo de verle, pero calla*). Ya sabrá muchas cosas: lo primero, que es un modelo de obreros creyentes; lo segundo, que está libre, y lo tercero, que está colocado al frente de la fábrica de don Pascual.

Soledad.—¿Pero es posible cuanto usted me dice, o es que estoy soñando?

Doctor.—Mire, Soledad; usted está muy débil y no la conviene, por ahora, más que oir hablar.

Soledad.—Muy cierto que me siento débil; pero (*sonriendo*) ¡son tan confortantes esas noticias!... ¡Gracias, Dios mío!

Capellán.—Pues... aún las hay más gratas... que me callo. (*Soledad baja la cabeza y vuelve a reclinarse sobre la almohada.*)

Capellán (*aturdido*).—Doctor, ¿si habré dicho demasiado?

Soledad.—No, Padre, hable; no tenga cuidado.

Doctor.—Se trata, Soledad, de presentarle una comida, compuesta de manjares muy exquisitos; pero hay que darlos poco a poco, para que usted los vaya saboreando.

Soledad (*se incorpora sonriente*).—Sí, ya sé adónde van ustedes a parar; pero si yo a José Juan apenas lo he tratado; unas dos veces habré hablado con él. Yo no sé lo que me pasa con esa criatura; el corazón es un misterio y el amor indefinible. Creánme ustedes...

La Hermana.—Hable poquito.

Soledad.—No tenga cuidado, Hermana; yo lo quiero a él, a mi entender, con una pasión grande, hija de una compasión inmensa... considerarlo solo en el mundo... sin creencias religiosas... ¡Cuándo la fe consuela todos los infortunios!... Con un alma tan noble, por naturaleza; con un corazón tan bueno y tan propenso al trabajo...

Doctor (*con jovialidad*).—Vamos... y con un cuerpo muy garboso

y unos ojos que prenden fuego; todo contribuye, Soledad, que constamos de alma y cuerpo.

Soledad (*sonriente*).—Padre, no se puede con estos médicos; y qué pícaros son... (*Entra de prisa Salomón.*)

Salomón.—Señores, háganse cargo que el pobre de José Juan, como desconoce el estado de Soledad, quiere venir, pues está sufriendo muchísimo.

Capellán (a *Soledad*).—¿Qué hacemos?

Soledad (*muy ruborizada y pensativa*).—Lo que ustedes quieran.

Doctor.—¿Qué inconveniente ha de haber en que entre? (*Sale Salomón.*)

ESCENA XV

Capellán.—Esté usted muy tranquila en su conciencia y en su honor, que aunque esto es cárcel, ninguno de los presentes somos criminales.

Doctor (*en broma*).—¿Cómo, no? ¿Pues no es un delito, robar? ¿Y no hay aquí quien ha robado... algún corazón? (*Mirando a Soledad.*)

Soledad.—¡Ay, Doctor!, no está mi ánimo para bromas. (*Entran Salomón y José Juan.*)

José Juan (*muy emocionado dirigiéndose a Soledad.*—¿Cómo estás?... ¿Cómo está usted? (*Este modo de saludar produce una risa muy oportuna en aquellos momentos, incluso en Soledad.*)

Salomón.—Bueno está; lo dicho, dicho.

Soledad (*mirándole con dulzura*).—Estoy ya bien, y... (*se pone muy encendida y se cubre la cara con las manos.*)

Salomón.—Amagar y no dar, es pecado mortal. ¿Y tú? Acabe usted de romper.

José Juan (*muy reaccionado y lleno de alborozo*).—La verdad es, que sólo Dios sabe la alegría que siente... mi corazón, al verte ya buena. ¡Cuánto he sufrido!

Capellán.—Bueno, ya pasó la tempestad, y se acercan días se-

renos y esplendorosos. Estoy hecho cargo de todo y de todos, ¿no es eso?

José Juan.—Si, Padre; al menos por mi parte.

Sor Rosa.—Si estorbo, me retiraré.

Capellán.—Al contrario, usted realza con su presencia este hermoso cuadro (*dirigiéndose a Soledad.*) Dice José Juan, que al menos por su parte, ¿y por la de usted?

Soledad (*con cierta encantadora timidez*).—Yo, Padre, ¿cómo he de eludir estar en manos de un ministro de Dios como usted?

Doctor (*aparte*).—Lo estoy viendo, esto acaba por un casamiento.

Capellán.—Gracias, pues, ahorrando preámbulos, vamos al caso.

Doctor (*con su amabilidad proverbial*).—O el casamiento.

Capellán.—Bueno, Doctor; pues vamos al casamiento. José Juan ya sabe los documentos que me ha de traer; usted, Soledad, también los sabrá por una notita que yo la entregaré; supuesto es empeño de ustedes, que yo me explico, que aquí tenga lugar la ceremonia, oportunamente sabrán el día, la hora y cuanto para ello haya necesidad; sólo me resta pedirles un favor.

Soledad y José Juan (*como movidos por un mismo resorte*).—Usted nos manda, Padre.

Capellán.—Que sean los padrinos la señora del Juez y don Pascual Romero, figurando entre los testigos el Alcaide de la cárcel.

Salomón. -Padre, usted no tiene más que disponer; nosotros acatar.

José Juan.—Perfectamente.

Capellán.—Bien; pues ahora al coche, y Soledad, con Sor Rosa, a un departamento, y cada uno a ocupar su puesto.

José Juan.—Padre, yo tengo los papeles en mi poder.

Capellán (*tocándole en el hombro y sonriendo*).—¡Pícaro! Pero ni en automóvil. ¿Y dónde los tienes?

José Juan.—Aquí. (*Los entrega.*)

Capellán.—Está bien, luego los repasaré. Conque quedamos en lo dicho. Ya daré aviso a todos. (*Se despiden.*)

ESCENA XVI

Capellán (*con solemne acento*).—Indudablemente que en la óptica social hay que saber situarse para estimar las personas y apreciar las distancias... ¡Qué concepto tan diferente se tiene, por lo común, del obrero, del que realmente merece! (*Con voz alta.*) El obrero es hombre, es ciudadano, es hijo de Dios. Ya le niegan el trabajo para vivir, o, si se lo dan, le merman del salario lo indispensable para mantenerse. Casi le cierran las puertas del matrimonio, por no encontrar lo indispensable para atender a su mujer y a sus hijos, empujándole, por lo mismo, al abismo de la prostitución. Si es de campo, no puede lograr una pequeña heredad, porque entre el atonismo que pulveriza la propiedad y el latifundio que la absorbe y la contribución que la consume, pierde toda esperanza. Si es artesano, imposible lograr un taller, porque las grandes industrias, con quien no puede competir, le tragarían como traga el mar la corriente de los ríos. Y es muy triste, señores, que teniendo en su pecho los alientos de un titán, y en su corazón las aspiraciones más nobles y delicadas, y en su frente la estampa de una soberanía celestial, pase la vida con el agónico presentimiento de descubrir en el lejano horizonte de sus años, en recompensa de sus trabajos, de su afanes, de sus sacrificios, de sus privaciones, la silueta del hospital... Es muy cierto que todos esos males, y aun otros muchos peores, el verdadero cristiano los convierte en bienes; pero es necesaria la fe. ¡Mas si también le han arrebatado ese tesoro!... Y por lo mismo, no es de extrañar que esas multitudes, viendo cubierto de bronce el cielo que obscurece sus ojos, llena de espinas la tierra que ensangrienta sus pies, maldiga de la tierra y del cielo. Y con la blasfemia en sus labios, y con la ira en su alma, y con el odio en su corazón, y con la tea incendiaria en sus manos, pretenda destruir todo lo existente... Educad a esas masas, y yo aseguro que el 99 por

ciento de ellos serán otros tantos José Juan, porque el obrero es naturalmente agradecido, dócil, honrado. Veamos estos documentos. (*Los recoge y lee.*) ¡Hombre, casualidad!, tiene mi misma edad. (*Sigue leyendo.*) ¡Rareza, es del mismo pueblo!... ¡Señores! (*Se levanta.*) ¡Señores, qué cúmulo de coincidencias!, bautizado en la misma Parroquia... ¡Dios mío! (*Cae sobre una silla escondiendo la cabeza entre las manos.*) También hijo de padres desconocidos... ¡Será posible!... ¡Si será él! (*Vuelve a releer.*) ¡Santo Dios... si será él!... Salomón debe saberlo... porque recuerdo que en una ocasión... Voy a llamarle. (*Sale a la puerta de la habitación, y al decirle a un empleado que busque a Salomón, le dice*): Padre, precisamente aquí está para verle.

Capellán.—Pues que entre.

ESCENA XVII

CAPELLÁN y SALOMÓN. Aquél muy cabizbajo, sentado sobre una silla; éste de pie, muy fijo en él.

Capellán.—Siéntese, Salomón, y no olvide en este momento que habla un sacerdote a un hombre que reúne, a la honorabilidad de las canas, la fama de la honradez; deseo que sin remilgos de ninguna clase, me diga usted todo cuanto sepa de la vida de José Juan y... vamos... de la mía también.

Salomón (*con acento tierno y solemne*).—Sí, señor, lo sé todo, absolutamente todo. Yo era portero en la casa o palacio de... ¡por qué no decirlo!, hay que hablar claro.

Capellán.—Eso, eso mismo es lo que yo deseo.

Salomón.—Pues bien; como le iba diciendo, yo era portero; una de las criadas que había allí, muy buena moza, por cierto —tiene usted la misma nariz y sus mismos ojos... José Juan se parece más al padre—. Aquella moza era la que más trataba al señor, y... claro..., lo que pasó fué que... mi señor —que en Gloria esté y todos nuestros difuntos — era un hombre..., y la

sirvienta.. una mujer..., y ocurrió... lo que ocurrió: tuvo dos gemelos, usted y José Juan; ella murió del parto (pero con los Sacramentos); yo mismo, a media noche, los llevé a la Inclusa, y antes recuerdo que con un chisme, o lo que fuera, le pusieron a usted una cruz, es decir, se la grabaron en la carne del brazo derecho (*señalando*), y a José Juan en el izquierdo.

Capellán.—Lo he notado.

Salomón.—Mi señor, muy secretamente, y valiéndose de mí, no dejaba de averiguar lo que era de ustedes (*saca el pañuelo muy conmovido, como el Capellán*), y mandaba a la casa buenas limosnas. El proyectaba disponer en el testamento algún requisito para el porvenir de ustedes; pero en esto murió de repente.

Capellán.—¡De repente!

Salomón.—Es decir, de un ataque cerebral que le quitó el habla; pero duró cerca de un día y murió con los Santos Sacramentos, que pudo recibir.

Capellán.—¿Está usted cierto?

Salomón.—¡Cómo no, si yo mismo fui por un sacerdote, buen mozo, que no dejaba de decirle al oído: «Apriete usted la mano en señal de atención»!

Capellán.—De contrición, diría.

Salomón.—Eso, sí, señor; eso dijo. Pues, como murió de esa manera, todo quedó en el aire. A los cuatro años... o cerca de los cinco, un matrimonio sin hijos pudo llevarse a José Juan a Barcelona, en donde se empapara con las doctrinas socialistas que aquí trajo, a Sevilla; a usted ya sabe que le recogió el teniente cura de San Lorenzo, y después de meterle en el Seminario se hizo padre de almas, según tengo entendido, por una gracia especial del Papa; eso es todo cuanto hay sobre el particular.

Capellán (*emocionadísimo*).—¡Pero qué misteriosa es la vida, Dios mío! ¿Quiere usted creer, mi querido Salomón, que siempre que he hablado con José Juan sentía hacia él una atracción singularísima? Ya sabe usted que yo estoy aquí con más gusto y satisfacción que puede estar un Deán en su Catedral; cien veces

he rogado al señor Arzobispo que no me mueva de este lugar; éste es para mí un campo de acción muy hermoso... ¡Mis presos, mis presos! Son como mis hermanos, son la ilusión y mis elevados delirios romper las cadenas que sujetan al vicio su corazón y darle alas a sus almas; aquí he aprendido que no hay hombre perverso en el mundo; por fenómenos misteriosos de la naturaleza y de la educación puede ocurrir que alguno tenga las fibras bondadosas más o menos atrofiadas, más o menos escondidas, pero que se le acerque otro hombre lleno de caridad y de santa paciencia, y es seguro que encontrará esas hermosas cuerdas, y que al pulsarlas hábilmente vibrarán hasta tal punto, que con el tiempo pueden producir notas de dulce armonía. Pues bien; yo he tratado aquí con la posible solicitud a muchos, gracias a Dios; pero con ninguno he sentido lo que con José Juan... (*Pensativo*). Claro es... consistía en la revelación de la carne...

Salomón.—Eso mismo le ocurrió a él en cuanto se puso en contacto con usted. Así me lo declaró... (*Suenan pasos, se asoma y dice*): Aquí viene José Juan; creo, Padre, que ahora silencio y serenidad. (*Entra José Juan.*)

ESCENA XVIII

José Juan.—Aunque usted nos dijo que avisaría a todos, yo... póngase en mi lugar... los minutos se me hacen siglos... temo que Soledad vuelva a recaer... nos hacemos mucha falta..., en fin, que como usted es tan bueno, he tomado su nombre; todo está preparado. (*Se fija en el semblante del capellán, que está muy emocionado.*) Padre, noto en usted un no sé qué muy extraño en su semblante, ¿le ocurre algo?

Capellán.—No, hijo mío, José Juan...

José Juan (*como alarmado*).—Me dice hijo mío y en seguida me retira ese hermoso tratamiento para darme mi nombre. Esto, ¿qué significa? ¡Por Dios! ¿Le he ofendido en algo para que yo

no sea digno de ser su hijo? Le juro por mis padres, ¡por mis padres no, que ya sabe usted que no los conocí!, pero le juro por lo más sagrado, que soy inocente de todo. (*El Capellán llora como un niño y se echa sobre los hombros de Salomón, que también está muy enternecido.*) Pero, ¿qué pasa aquí? (*con voz atronadora*). Hable usted, Salomón, ¿quién ha ofendido al Padre, a las niñas de mis ojos, a mi salvador, por no decir a mi Dios?

Capellán *(haciendo un esfuerzo se repone, y levantándose y dirigiéndose hacia el, le dice dulcemente)*:—Si no me ocurre nada, tonto; yo soy muy delicado de sentimientos, sumamente impresionable, y aquí hablábamos Salomón y yo de la serie de vicisitudes por que han atravesado estos acontecimientos, que parecen novela o comedia, producto de una fantasía lírica; y al saborear los Altos Juicios de Dios, los caminos misteriosos por los que la Providencia conduce a la criatura, me encontraba conmovido; en esta situación de ánimo te presentas tú, que eres el protagonista de todo este desenvolvimiento, y mi emoción fué más profunda. Ya lo tienes todo explicado.

José Juan.—Por fin, respiro.

Capellán.—¿Y dices que está todo preparado? Pero ¿qué quiere decir todo?

José Juan (*sonriente*).—Sí, señor, todo; hasta el párroco, los padrinos, en fin, todo está esperando en la capilla.

Capellán (*mirando a Salomón*).—Dije antes que esto iba en automóvil y ahora rectifico; va en globo. ¡Pero qué criatura esta!

Salomón.—Ya se ve... les parece mentira... como a mí también.

José Juan.—Padre, mi Soledad desea venir antes de ir a la capilla, para que juntos recibamos su bendición, ¿voy por ella?

Capellán.—Con mucho gusto; pero nada digas a los padrinos, para no obligarles a que vengan a este sitio, pues no sería correcto. (*Se va Jose Juan en busca de Soledad y dice entonces el capellán*): ¡Dios mío, valor!

ESCENA XIX

(Entra José Juan con Soledad, la Hermana de la Caridad, el Médico, Pedro y Juan)

Doctor.—Señores, los que están en la capilla esperan a los que están en capilla.

Capellán.—El doctor siempre de broma.

Soledad *(está encantadora y dice muy afectada).*—Padre, perdóneme esta nueva molestia; antes de recibir la bendición nupcial queremos otra particular suya, aquí... en este lugar... prisión o calabozo de cuerpos, y que usted ha convertido en Paraíso de nuestras almas. *(José Juan se arrodilla con Soledad.)*

José Juan.—Sí, denos usted su bendición, que caerá sobre nosotros como el rocío del cielo sobre las plantas; venga sobre nuestros corazones, que sentirán siempre hacia usted el reconocimiento de hijos...

Capellán *(con voz alta y entrecortada).* Recibidla de rodillas, porque es de manos de un Sacerdote: pero... levantaos *(se levantan)* y venid a mis brazos, que son los brazos de vuestro cariñoso hermano.

PRINCIPALES ERRATAS NOTADAS

PAG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
		En la portada falta "Drama en tres actos„	
54	15	levantan, y se	Se levantan
55	9	servidumbre, de la gleba	servidumbre de la gleba
55	15	quiere más matar	quiere más; matar
57	16	ausente	asuste
62	31	así así	así, así
72	11	atonismo	atomismo

Sigüenza-Enero-Marzo-1914.

3 0112 117472636

Obras del mismo autor.

EL MEDIO AMBIENTE, drama en tres actos.

LEY DEL DESTINO, drama en tres actos.

Esta obra se halla de venta en la Librería católica de D. Grerio del Amo, calle de la Paz, 6, Madrid, al precio de

DOS PESETAS